

El Eco de la Letra

Una genealogía patagónica

Ángel Uranga

Índice

Primera Parte

- I. Entrada
- II. Del imaginario
- III. Genealogía patagónica

Capítulo Primero: La Letra

- La génesis oculta
- La etimología
- Nombrar es dominar
- Mirar la Cosa
- El Otro como prójimo

Capítulo Segundo: El Cuerpo

- El desierto en el esquema corporal argentino
- Diferencia y Repetición
- La experiencia del cuerpo y de la letra

Capítulo Tercero: El Viaje

- Los Viajes
- Los viajeros
- Al pie de la letra
- Otras lecturas

Capítulo Cuarto: Escribir y seducir

- La novela del un país
- El placer del texto
- La seducción de la letra
- En la deriva de la lectura
- La maldita conquista

Capítulo Quinto: El incesante murmullo

- De la libreta de apuntes
- La Letra y el Deseo
- Fronteras

Segunda Parte

Capítulo Primero: La Canción de la Tierra

- Del mito
- Del mito al logos.
- De mitos y leyendas del Tehuel
- La palabra como acto
- La voz de la Tierra
- Un mundo sin Dios

Capítulo Segundo: La novela del Estado Nacional

- Sociedad y Estado
- Hacia una literatura patagónica
- ¿Hay una literatura patagónica?
- Salida

"¿Cuál es el poder de la ficción? Hay una red de ficciones que constituyen el fundamento mismo de la sociedad"

Ricardo Piglia: "Crítica y Ficción"

"Cuéntanos cómo es el Sur; qué hace allí la gente; por qué viven allí; por qué siguen viviendo."

William Faulkner: "Absalón Absalón"

Primera Parte

I - Entrada

Parto de la siguiente premisa que dice:

La Patagonia es una invención literaria, una creación de la LETRA.

En algún momento, que la historia señala puntual, alguien, un portugués para más certeza capitán de una expedición española, nombra a los habitantes naturales de esta punta continental de PATAGONES, mientras un veneciano toma nota y apunta en su Diario el suceso. A partir de entonces una leyenda comenzó a rodar por todo el mundo con esa expedición que fuera la primera en circunnavegar el planeta.

¿Cómo fue gestándose el imaginario patagónico?, ¿qué buscaba la civilización invasora además de oro, a partir de qué ideas, de qué quimeras se lanza sobre el país austral? Preguntas que nos hacemos por el origen y por querer saber cómo llegamos a ser lo que somos y estar donde estamos. Preguntas que crecen desde las dudas, que nos sitúan en un ámbito histórico signado por la incertidumbre global. Son preguntas pertinentes como las que hace un personaje de Faulkner citado en el epígrafe, son las que todo el mundo realiza en todo el mundo cuando alguien va a vivir o vive en una región dura sobre la cual se fabricaron innumerables historias, lugar imaginado de maravillas o de castigo, de soledad y padecimientos, como Ultima Thule de la esperanza o campo de la desesperación.

Patagonia, insisto, es una invención de la letra, el interminable relato de una ilusión de cinco siglos. Como en la fenomenología hegeliana -donde la conciencia universal se manifiesta en distintas y contradictorias figuras categoriales- sospecho, dentro de esta imagen del pensamiento, que la conciencia o imaginario patagónico tendría sus figuras que la traducen, que la explican o interpretan; tales formas serían:

Lo imaginario a partir de la letra de la escritura, como oculta y tal vez inaceptable genealogía;

El espacio en su doble acepción de ámbito territorial y cuerpo individual (el aquí y ahora del acontecimiento) sobre los que actúa una voluntad que expresaría la tensión antagonica a todo condicionamiento físico y cultural;

El viaje y sus reverberaciones anímicas, sociales, políticas, culturales;

La experiencia del viaje convertida en letra, y:

Repetición del viaje, de la experiencia y Diferencia de la letra repitiendo lo Mismo sin hacer lo mismo, aquello que gesta el eco de la letra.

II - Del Imaginario

Este breve ensayo trata del imaginario, ahora bien, no sería ocioso preguntarnos a qué denominamos imaginario.

Según Castoriadis –a quien en esto seguimos–: "Lo imaginario es, primordialmente, creación de significaciones y creación de imágenes o figuras que son su soporte". (1) Es decir, imágenes y figuras que adquieren o se les da un sentido determinado de acuerdo con cierta representación del mundo y la sociedad y afín a específicos intereses concretos que mueven a los seres humanos.

El imaginario es una imagen, una realidad transparente y sin lugar, un magma de significaciones fluyentes, una fuerza incorpórea que determina, que impulsa o paraliza, hace pensar y entrar en conflictos, amar o escribir, comer o vestirse de determinada forma, en suma, provoca hacer cosas de cierta o determinada manera.

El imaginario social resulta del anónimo obrar colectivo, una producción de subjetividades que posibilita enmarcar lo real caótico de la existencia.

El imaginario social es un discurso de poder condicionante de valores sociales; resulta de ello un instituyente cultural organizador de gustos, percepciones, conductas e ideas.

Lo imaginario da forma a valores que rigen lo social, fragua la identidad colectiva y establece horizontes de sentido.

Dicho de otro modo, el imaginario social es una inmaterialidad, un "cuerpo sin órganos" que produce efectos de realidad y, por ende, crea y recrea realidad(es).

Al juego de proyecciones de representaciones, de impresiones y de imágenes con que construimos el mundo lo denominamos realidad, y a lo real le conferimos nombre de apariencias que, con el tiempo, con el uso que hacemos del lenguaje, aquellas adquieren estatus de real predominando así en la construcción de la realidad socio histórica. Sin embargo, esto que parece un autoengaño o inconciencia es, en realidad, la exacta dimensión de la naturaleza cultural que consiste en: imaginar, crear, construir otra realidad a partir de lo dado, y tal construcción, si bien es social también está conformada por la creación subjetiva de productores individuales de subjetividades.

Si bien el imaginario que consume la sociedad en una determinada época es construcción del colectivo social, el mismo está con-formado por la creación de los **productores individuales de subjetividades**.

Los productores individuales de subjetividades dan el relieve, el tono o matiz, incluso el sentido al imaginario social, son voces oraculares de epifanías, creadores de verdades para compartir el goce, ampliar el sabor de la vida o jugar con los posibles.

III – Genealogía Patagónica

El presente ensayo resulta una búsqueda, la pesquisa de una genealogía (2) del país del Sur, el rastreo de una génesis, su deriva y seguimiento por

insospechados derroteros, el albur también de encontrar una nueva Ciudad de los Césares, es decir, un viaje hacia la ilusión sabiendo que es ilusión, fábula y sueño y como tal, resulta siendo otra aventura más que insiste en relatar la otra; la gran aventura que significó provocar la gestación de Patagonia.

La razón oculta de la región está en su nombre, su nombre que está en el origen. (Mejor dicho en el comienzo, ya que el origen implica lo Mismo desde lo dado, aquello igual a sí, intemporal, meta histórico e indiferenciado).

El nombre que es inicio, y en el nombre como inicio está toda su historia.

El nombre, materia incorpórea que determina formas de pensar y de vivir, un núcleo significativo, el susurro tenaz, lo más parecido a un eco constante, impalpable, que se resiste a entrar en el olvido, oculto en los pliegues de un territorio de inconmensurables silencios secretos.

(El significativo es el material con que elaboramos la realidad, la serie o las series de proposiciones en futuro imperfecto de cómo sería o podría ser la realidad, enunciados que guían la acción y la institucionalización de proyectos ordenadores de los acontecimientos).

El nombrar y la letra, aquella que testimonia, que oculta tanto como desvela, (aletheia) en el sentido griego de verdad.

El espejo de la letra en sus juegos de miradas, permite captar el momento de nuestra aparición sin coartadas ni leyendas rosa, el espejo derrite las máscaras y los maquillajes, socava el monumento de las solemnidades, ilumina los oscuros y vergonzantes orígenes. Metáfora de la realidad, describe la dimensión real de lo que fue, señala el lugar de la verdad, la verdad que está en la palabra (Lacán).

Del espejo escapan sigilosos los textos no explícitos que el fantasma especular revela; de esa luna surgen enmascarados por el lenguaje, los deseos y los miedos, los intereses más o menos materiales y el historial personal de los sujetos.

La letra, tanto como escritura individual o sistema simbólico institucional, nace de conductas y experiencias; la letra proyecta y construye el prestigio, diagrama un sistema de representación creando nuevos imaginarios. Esto sería la otra aventura, la de la letra, la escritura efectuada por los pioneros.

Lo afirmado al comienzo: *la Patagonia es una creación de la escritura*, podría parecer una "boutade", una ocurrencia de escritor, sin embargo, generaciones de viandantes blanquearon con sus huesos las latitudes del Mundus Novus en busca de Eldorado, ese delirio, esa candente ilusión fraguada desde el deseo.

Lo que hoy parece crónica de un sueño fue causa eficiente y movilizadora de hiperbólicas aventuras hispánicas. No olvidemos que toda América se proyecta en la mentalidad del conquistador como un inmensurable espejismo, una suerte de cuento arábigo emergiendo de las reverberaciones del desierto, una visión edénica entrevista en los claros de la selva, sospechada en las islas de un delta o en el imprevisto valle oculto entre montañas.

Será "la perpetua ausencia de una ciudad imaginaria" (Irma Cuña) la que obsesiona al conquistador; Trapalanda o Linlin, Ciudad de los Césares o Elelén, ocuparán por siglo los sueños diurnos (3)

Obnubilado por sus quimeras, el conquistador no vivirá su inmanente realidad, todo él será desbordante trascendencia; deformando lo que percibe, imagina una

geografía, un mundo y sobre ese mapa irreal se lanza a deshacer sus propios entuertos con los sesos calcinados por Amadices, Esplandianes y Palmerines, dragones, santos y cruzados. Aquellos místicos de ambición fueron elaborando la cartografía mitológica de sus deseos. (4)

Capítulo Primero

La Letra

La génesis oculta

En busca del paso interoceánico, la expedición de Hernando de Magallanes recala en la bahía de San Julián para pasar el invierno y efectuar trabajos de reparación en las naves. Es abril de 1520. Meses después, hacia junio y según el cronista de la flota, Antonio Pigafetta, un hombre de gran estatura y de figura imponente se presenta ejecutando extrañas danzas:

Transcurrieron dos meses antes de que avistásemos a ninguno de los habitantes del país. Un día en que menos lo esperábamos se nos presentó un hombre de estatura gigantesca.

Así describirá el veneciano Pigafetta al primer hombre austral que vieran ojos europeos; y continúa:

Estaba en la playa casi desnudo cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza. El comandante envió a tierra a uno de los marineros con orden de que hiciese las mismas demostraciones en señal de amistad y de paz: lo que fue tan bien comprendido que el gigante se dejó tranquilamente conducir a una pequeña isla a que había abordado el comandante. Al vernos, manifestó mucha admiración, y levantando un dedo hacia lo alto, quería sin duda significarnos que pensaba que habíamos descendido del cielo.

Este hombre era tan alto que con la cabeza apenas le llegábamos a la cintura. Era bien formado, con el rostro ancho y teñido de rojo, con los ojos circudados de amarillo, y con dos manchas en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos eran escasos, parecían blanqueados con algún polvo. Su vestido, o mejor, su capa, era de pieles cosidas entre sí, de un animal que abunda en el país, según tuvimos ocasión de verlo después. Este animal tiene la cabeza y las orejas de mula, el cuerpo de camello, las piernas de ciervo y la cola de caballo, cuyo relincho imita. Tenía también una especie de calzado hecho de la misma piel. Llevaba en la mano izquierda un arco corto y macizo, cuya cuerda, un poco más gruesa que la de un laúd, había sido fabricada de una tripa del mismo animal; y en la otra mano, flechas de caña, cortas, en uno de cuyos extremos tenían plumas, como las que nosotros usamos, y en el otro, en lugar de hierro, la punta de una piedra de chispa, matizada de blanco y negro. De la misma especie de pedernal fabrican utensilios cortantes para trabajar la madera.

Más adelante el cronista agrega: *El Capitán general –por Magallanes- dio a este pueblo el nombre de PATAGONES.* (5)

El aborigen de la costa atlántica austral fue designado a partir de Magallanes con el nombre de "patagón", cuya etimología se creyó referida al tamaño descomunal de sus pies. Sin embargo, ni en castellano ni en portugués, menos aún en italiano el aumentativo de patagón, "patudo", es el adecuado.

Luego, los historiadores de Indias –López de Gomara y Fernández de Oviedo-, echarán a rodar la leyenda y forjarán un mito: salvajes, gigantes, caníbales, incubos endriagos tal vez, en el intento de explicar aquello que nunca vieron.

Los "patagones" serán gigantes, es decir, seres deformes de grandes pies, una suerte de monstruos, pese a que los verdaderos nativos de esta región mostraron una conducta pacífica y hospitalaria con los extranjeros, sin haber tenido sin embargo, reciprocidad en el trato.

Si bien el mismo Pigafetta imprime en su mapa las palabras "Regione Patagonia", en múltiples cartas del siglo XVI nuestra región será denominada indistintamente como "Tierra de los Gigantes", "Tierra de los Patagones", o "Costa de los Patagones". "Recién será –puntualiza Ma. Rosa Lidia- en el siglo XVIII que se agrega el sufijo de lugar -ia por el que queda creado el topónimo PATAGONIA" (6)

La etimología

Sin embargo, el origen del topónimo que la etimología popular consagró no surge respecto a la talla de los primitivos habitantes del austro, tiene en cambio una génesis tan oculta como invisible, tan inverosímil como desfavorable.

Las palabras *patagón* / *patagones* proviene de la letra, de la letra de la literatura.

Debemos a la investigadora María Rosa Lidia de Malkiel la restitución de la verdadera etimología oscurecida por el prejuicio y el lugar común, señalándola en los libros de caballería tan consumidos por descubridores y conquistadores hispánicos del siglo XVI; tal la novela "*Primaleón*", perteneciente al ciclo de los "Palmerines" con ediciones de 1512 a 1588.

La interpretación por ser tan insólita como valiente fue objetada en un intento de refutación por parte de Leoncio Deodat forzando el término "patagonia" como equivalente a "Tierra de indios pobres, de escaso valer". Igualmente se pretendió un origen quechua de la palabra, dando por supuesto que Magallanes dominara ese idioma americano.

En suma: respecto a la etimología de **patagonia-patagón-patagones**, resulta el topónimo dado a los habitantes de la región austral atlántica por el marino portugués al servicio de España, Hernando de Magallanes.

El étimo "*patagón*" proviene del monstruoso personaje homónimo del "*Primaleón* o Segundo Libro de Palmerín de Olivia", o también; "Libro Segundo del emperador Palmerín", edición de 1512 en Salamanca. (7)

Obra perteneciente a las muy leídas novelas de caballería andante las que, casi un siglo después, supo liquidar con fino sarcasmo el genio de Cervantes. Tales lecturas eran, según Lidia "muy familiares" a los hombres del siglo XVI, afirmación corroborada por el hispanista Leonard Irving en "*Los libros del Conquistador*" (8) donde efectúa una detallada estadística de la literatura leída por la generación de descubridores y conquistadores, al igual que los libros que viajaban a las Indias.

Los libros de caballería fueron ampliamente leídos por todos los públicos; del ventero al rey, marinos aventureros, reformadores religiosos o hambrientos buscadores de oro y poder.

Según Menéndez y Pelayo, "Palmerín de Olivia carece de originalidad, y no es más que un calco de Amadís...", sin embargo, "a pesar de su nulidad, gustó tanto que tuvo inmediatamente un libro segundo" en 1516 (9).

Nombrar es dominar

Patagonia, y todo lo que el nombre connotó, tuvo un categórico origen ficcional, producto de la impresión, del asombro y del recelo hacia el Otro desconocido y diferente y cuya denominación resultará peyorativa, propia del etnocentrismo del europeo en su imposibilidad de pensar al Otro, al que visualiza como amenaza y subestima en la relación, dado que Patagón es *desemejado*, es salvaje, bárbaro, come carne cruda, que viste con pieles de animales, que se aparee con éstos, que habla un lenguaje incomprensible.

Si nominar es ejecutar un acto de posesión, de dominio, nombrar entonces es dominar.

Dominación viene siempre acompañada de subestimación y desprecio. Es así, con violencia, como entra la Patagonia, gente y geografía a la historia mundial de occidente.

Pero habrá más, la realidad copiará a la ficción. La historia novelesca, me refiero al "Primaleón" dice:

Y este Patagón dizen que lo engendró vn animal que ay en aquellas montañas, que es el más desemejado que ay en el mundo, salvo que tiene mucho entendimiento y es muy amigo de las mugeres. E dizen que ouo que auer con vna de aquellas patagonas, que así las llamamos nosotros por saluajes, e que aquel animal engendró en ella aquel fijo; y esto tiénelo por muy cierto, según salió desemejado, que tiene la cara como de can, e las orejas tan grandes que le llegan fasta los hombros, y los dientes muy agudos e grandes, que le salen fuera de la boca retuertos, e los pies de manera de cieruo. (...)

E como él (Primaleón) ouo muerto los leones, fue sobre el Gran Patagón, e cuando lo vido así, tan desemejado e cosa tan estraña de mirar, tomóle en voluntad de lo lleuar preso, e si él lo pudiesse lleuar en sus naos, que le sería grande honra, porque su señora Grindona lo viesse. (...)

-Ora vos dexad de esso –dixo Primaleón-, e ruégovos que vamos de aquí e lleuemos a Patagón biuo, preso, porque todos lo vean. (...) E como llegaron a la mar entraron en vna varca e subieron en la nao adonde estaua Patagón preso, en cadenas, en vna cámara. (...) E tenía la cara tan espantosa que ponía pauor a quien lo miraua, e no pareccia sino el mesmo diablo, que parecía que por los ojos echaua fuego, e tan disforme estaua que no ay hombre que vos lo pudiesse contar e gimiendo muy fieramente de verse así preso. (10)

Y siguiendo a la novela como a un libreto, los expedicionarios harán lo suyo con los naturales australes. Excitados por la lectura, y tomando ésta de referencia

en sus conductas, secuestrarán con engaños a los Aoni-kenk, los engrillarán y, al fin, dada la rara cordialidad de los intrusos los dejarán morir.

"Magallanes mostró empeño en quedarse con los dos más jóvenes de aquellos salvajes. Para conseguirlo empleó la astucia más bien que la fuerza; el recurrir a ella habría costado la vida a más de uno de nosotros. Regaló a todos cuchillos, espejos, cascabeles, cuentecillas de vidrio; tantas cosas, que tenían las manos llenas. Enseñóles después unos anillos de hierro (que no eran otra cosa que grillos), y, viendo cuánto les gustaban, se los ofreció también; pero tenían las manos tan ocupadas, que o podían tomarlos, observado lo cual por el Capitán general, les hizo entender que se los dejaran poner en los pies, y con ellos se marcharían, a lo que accedieron por señas. Entonces nuestra gente les puso los anillos, y pasaron la clavija de cierre, que remacharon con presteza. Mostráronse recelosos durante la operación, manifestándolo así; pero el Capitán general los tranquilizó. Apercebidos, no obstante, del engaño, se pusieron furiosos: bufaban, daban tremendos alaridos e invocaban a Setebos, o sea al demonio, en su ayuda. (11)

Por supuesto que el "dios" del salvaje no puede ser más que un "demonio". De esta forma se escribirá la primera página civilizadora que otros repetirán obsesionados.

Mirar la Cosa

¿Por qué Magallanes –según Pigafetta- al ver por vez primera al nativo de estas costas exclama "¡Patagón!" y no, por ejemplo, "Palmerín", o "Amadís", u otro héroe de las novelas de caballería en lugar de mencionar a un ser grotesco a un anti héroe?

Queda claro que desde el comienzo existirá una mirada discriminadora que subestima y cosifica al otro diferente, una óptica y un verbo que ajena la Diferencia.

Este mirar de afuera consistirá, en sí mismo, un acto de **protección** de la identidad del invasor frente a la diferencia, y, consecuentemente, de violento dominio sobre esa diferencia que previamente fuera naturalizada, es decir, puesta en el mismo orden de las categorías naturales primarias.

El hombre americano, para la mirada invasora, estará más cerca de ser una variedad de la zoología que de la especie humana. Para la episteme europea, el ser americano resultará naturaleza antes que cultura.

El Otro, en tanto absoluta alteridad, es esa Cosa de la cual todo se ignora y a la que hay que someter a la mirada racional, es decir, divisoria, parcial, analítica.

Es obvio que la imagen que los europeos –a partir del siglo XVI- tienen de sí mismos será de evidente superioridad frente a los nuevos pueblos y culturas descubiertas y sobre los que se lanzan con la furia que el hambre de botín inspira.

Esta violencia habíase puesto en marcha en el Caribe (palabra cuyo étimo **caníbal**, es a ojos vistas un término despectivo) en las islas de Cuba y Santo Domingo y que pronto se extendería a México y al Perú cuyos habitantes sufrirán siglos de esclavitud tras el despojo y la destrucción de sus culturas.

El Otro como prójimo

Sin embargo habrá también otra visión y un trato comprensivo e incluso de admiración hacia el nativo. Está claro que los primeros que comprendieron y aceptaron al descubierto hombre de América como parte de las razas humanas en tanto el "semejante" y el "prójimo" de las Escrituras, fueron misioneros comprometidos con la causa del indígena, me refiero a un Metolina, a un Vasco de Quiroga, a Las Casas, o Sahagún, entre otros; pero en ellos, en tanto cristianos, primó la piedad y la compasión, que son formas subliminales de la subestimación antes que de la igualdad fraternal y libre.

Antonio de Viedma, tal vez influenciado por la concepción roussoniana del "buen salvaje" apunta en su Diario:

Generalmente tienen estos indios índole muy dulce e inocente... Y refiriéndose a las mujeres tehuelches: Para andar a caballo y para montar guardan suma honestidad, no permitiendo que se les vea parte alguna de su cuerpo. (...) Las mujeres no son tan altas pero lo bastante con proporción a su sexo.

Todos son de buenos semblantes, y entre la mugeres las hay muy bien parecidas y blancas, aunque curtidas por el viento y del sol como ellos. No se encuentra hombre ni mujer flaco, antes todos son gruesos con proporción a su estatura: lo que, y usar ropas del cuello a los pies, habrá contribuido a que algunos viajeros los tengan por gigantes. (12)

Dado que se menciona a los "gigantes", leamos lo que escribió otro testigo, el misionero Teófilo Schmid:

Muchos creen aún que los Patagones son verdaderamente gigantes de seis a ocho pies de altura y a menudo se me ha preguntado si eso es verdad. Pues bien; se ha exagerado a este respecto, aunque puede considerárselos altos, teniendo en cuenta que la estatura media de los hombres oscila alrededor de 5 pies 9 1/2 pulgadas, en medidas inglesas. Caille, el cacique, mide unos 6 pies 2 pulgadas; Watchy era algo más alto todavía. Las mujeres son, por lo general, bajas; la mayoría no excede de 5 pies y una o dos pulgadas, aunque algunas son verdaderamente altas, llegando a 5 pies y 8 pulgadas (13)

A mitad del siglo XIX, Charles G. Musters escribirá:

No merecen (los tehuelches) seguramente los epítetos de salvajes feroces, salteadores del desierto, etc. Son hijos de la naturaleza, bondadosos, de buen carácter, impulsivos, que cobran grandes simpatías o antipatías, que llegan a ser amigos seguros o no menos seguros enemigos.

Poca inmoralidad observé en los indios cuando estaban en sus desiertos nativos; pero en las colonias, una vez que la embriaguez los degrada (14). De esta manera testimoniaba el viajero la corrupción que gestaba en sus cuerpos la civilización blanca.

Hacia la misma época el misionero anglicano Stirling escribía:

...mi impresión está lejos de ser pesimista, pues veo que se trata de una gente con muchos rasgos de carácter por demás favorables, es una raza magnífica, bárbara y supersticiosa por cierto, pero sin hábitos crueles. (15)

También el pastor galés Abraham Matthews tendrá palabras de agradecimiento a los nativos:

Pero cuando llegó el cacique indio Francisco... con sus perros y caballos veloces, y su habilidad para la caza, recibimos mucha carne a cambio de pan y otras cosas.

Adiestró, además, a los jóvenes en el manejo de los díscolos caballos y vacas, proporcionándoles el lazo y las bolas. Recibimos también instrucciones útiles en la práctica de cazar animales silvestres, y en consecuencia varios de nuestros jóvenes llegaron pronto a ser hábiles cazadores. (16)

Capítulo Segundo

El Cuerpo

El imaginario patagónico, esa intangible como contundente realidad, ha ido construyéndose en torno a mapas superpuestos y elaborados en el tiempo por un sinnúmero de transeúntes, quienes explicitaron en la escritura un espacio para la imaginación y la leyenda. Estos escritos serán semillas que abonarán tanto el porvenir como la utopía.

Los inquietos pioneros que con tenacidad y asombro leyeron este espacio, y que en el idioma de sus cuerpos compusieron esos mapas, generaron una toponimia e invencionaron una historia, un simulacro de origen.

(Un simulacro, porque el Origen pertenece al tiempo intemporal de lo sagrado, el de los dioses y de la naturaleza; el Origen sin origen, que es la Vida y sus infinitas criaturas y con ellas el hombre: Tchon, Tehuelche, Mapuche, en suma, los Antiguos, gente originaria del austro, Pueblos del Sur).

El desierto en el esquema corporal argentino

Dos miradas o formas de ver lo Mismo hubo en la conformación del imaginario austral. Una dualidad de imágenes cargadas de intencionalidad para representar y describir una "terra incógnita", entendida o captada como "desierto", "fin del mundo" y también y desde la otra óptica, como el paradójico lugar de la "utopía", de la "última esperanza", "región-del-futuro", en tanto lugar del porvenir donde el progreso y la modernidad tomarían cuerpo.

El desierto como lugar a civilizar, tras la liquidación de la población nativa siguiendo cánones de la pragmática nación usamericana. El desierto es el territorio donde es imposible la vida, lugar del pasado a conquistar para construir el porvenir sobre la ruina y degradación de los cuerpos. Todo acontecimiento fundador es un evento que tiene lugar en el cuerpo; el de las personas y, por extensión, el de los pueblos.

Primero fueron nautas descubridores, luego piratas y corsarios, tras ellos, colonizadores y evangelizadores; espada y cruz, la cruz como espada, poniendo de relieve el sino de la historia que es violencia y es dominio.

Hasta bien entrado el siglo XIX este país sur figuraba en las cartas como "Terra incógnita", "Tierra de indios", parte "Inexplorada" o bien, "País no conocido". Es el desierto que hace decir a Sarmiento que el mal de la Argentina es su extensión.

Finalmente se asentará el estado capitalista, pragmático y utilitario, y el desierto será el que percibe Leandro Alem:

...esa especie de fantasma, lo que se temía, el desierto inaccesible, el desierto impenetrable para nosotros y que era recorrido por esa gavilla de bandoleros que se llevaban nuestra hacienda, que saqueaban las poblaciones, que hacían cautivos

y que volvían a internarse en ese mismo desierto en donde se creía que no podíamos penetrar".

Y entraron.

Tierra de fronteras o directamente "la frontera", límite de la civilización con la barbarie. Continente en disputa, tierra de nadie, mundo hostil y baldío, el cual, por ocuparlo el "salvaje", pertenece más al mundo natural que a la cultura, y por ello, territorio desocupado. Después, la civilización del rémington, la viruela y el alcohol expropiará la tierra al nativo para convertirla en terrenos de especulación bursátil. El ministro Julio A. Roca fue claro al respecto cuando en su mensaje al Congreso expresa entre otras humanitarias ideas:

...someter cuanto antes, por la razón o por la fuerza, a un puñado de salvajes que destruyen nuestra principal riqueza y nos impiden ocupar definitivamente, en nombre de la ley del progreso y de nuestra propia seguridad, los territorios más ricos y fértiles de la República (...) extirpar el mal de raíz y destruir esos nidos de bandoleros que incuba y mantiene el desierto. (17)

El Informe Oficial de la Campaña al Desierto dejará expreso:

"...los indios eran unos ensoberbecidos dueños de la campaña, impunes en su destrucción y robo; dictando condiciones, atreviéndose a ofrecer batallas campales; ricos en caballos, campos y audacia, burlando la vigilancia y riéndose de la persecución... (El avance de Roca) los dejó temblando, fugitivos, errantes por estériles campañas, desalojados de sus mejores invernadas, escarmentados en sus desesperadas tentativas de invasión, sin monta ni víveres... (En la época de Alsina) se hablaba de que todo se podría cambiar entre 10 o 20 años, pero un solo hombre afirmaba que bastaba un año a lo sumo (para terminar con esta situación). Lo probó, realizándolo. (...)

Se trataba de conquistar un área de 15.000 leguas cuadradas, ocupadas cuando menos por unas 15.000 almas, pues pasa de 14.000 el número de muertos y prisioneros que ha reportado la campaña. Se trataba de conquistarlas en el sentido más alto de la expresión.

Era necesario conquistar real y eficazmente esas leguas, limpiarlas de indios de un modo tan absoluto, (e) incuestionable... destinado a vivificar las empresas de ganadería y agricultura...

Se ganó así un territorio que es otra Argentina en extensión. (...) En un año se hizo lo que no se pudo realizar en 300 años" (18)

Pasada la tormenta del genocidio, un testigo irreprochable podrá decir:

Mi pesimismo estaba en la verdad: treinta y cuatro años han transcurrido desde que el cacique Nancuqueo desapareció defendiendo el suelo en que nació, desde que con medios violentos, innecesarios, quedó destruida una raza viril y utilizable y desde esa fecha, aún cuando ya hay en la región florecientes pueblos y la cruz a parte el riel, estorban su progreso concesiones de tierras otorgadas a granel a potentados de la Bolsa, una vez que la frontera avanzó lo que hace que decenas de leguas estén en poder de un solo afortunado, el que espera que las valorice el vecino."¿Para qué sirven aquellas tierras?", era la frase consagrada que escuché a no pocos de los que tenían en sus manos la fortuna y aún la suerte de la patria... (19)

El explorador y luego gobernador del Territorio de Santa Cruz, Ramón Lista a su vez escribirá:

"¡Pobres tehuelches! Cuán felices no seríais de nuevo, si al despertar una mañana, alguien os dijese que los hombres blancos se habían marchado para no volver jamás. ¡Ah! sí, lo que os falta, lo que echáis de menos, lo que entristece vuestro espíritu es la libertad perdida, la libertad antigua en medio de los campos desiertos, sin el fantasma de la civilización invasora." (20)

Pero hubo otros "desiertos".

El desierto bíblico de los galeses, éxodo del pueblo elegido y generosidad de la tierra prometida; visión inquebrantable y tenaz de los peregrinos fundadores del oasis chubutense.

Estará también el desierto de los que expulsa el sistema de mercado, el desierto de los desclasados, los excluidos, fugitivos sociales, desertores, proscritos, apátridas del mercantilismo como Cruz y Fierro:

Yo sé que allá los caciques / Amparan a los cristianos, / Y que los tratan de "hermanos"/ Cuando se van por su gusto / A qué andar pasando sustos... / Alcemos el poncho y vamos.

El desierto, el soñado espacio de vida feliz incontaminado de civilización. Sueño dorado de los orígenes adánicos, de la existencia primigenia fundadora de linajes más libres y puros. Horizontes de huidas liberadoras, tierra prometida donde hombre y naturaleza se reconcilian.

Al fin, el desierto como región de la Utopía ("La invisible ciudad que se pisa"), lugar del no lugar, dado que toda utopía es una construcción compensadora del fracaso de la realidad institucionalizada, la metáfora de un conflicto cuya resolución proyectamos hacia delante en un borroso lugar, por eso es una ilusión, espejismo de nuestros deseos, proyección fantásmica de nuestras carencias.

Diferencia y Repetición

La repetición es la razón de ser de la literatura.

"Escribir para no morir, como decía Blanchot" –repite Foucault, agregando más adelante: "Los dioses envían las desdichas a los mortales para que las cuenten; pero los mortales las cuentan para que las desdichas nunca lleguen a su fin, y que su cumplimiento se sustraiga en la lejanía de las palabras, allí donde éstas que no quieren callarse, cesarán al fin" (21)

La naturaleza de la literatura consiste en repetirse a sí misma. Una cadena ininterrumpida para huir de la muerte, o del olvido, que consiste en la forma que adquiere la muerte en la escritura; lo expone y bien expresa la bella y joven Scherezada en sus interminables historias entrelazadas noche a noche para postergar su final.

La literatura es ese lenguaje que se produce y reproduce a sí mismo hasta gastar su propia, exclusiva, singular realidad virtual.

La literatura crea su propio espacio de representación, se autorreferencia como doble de sí; figura ante el espejo, manifiesta su realidad-lenguaje como su única realidad y verdad.

El lenguaje y la obra, los personajes y sus avatares se transfieren, se ocultan, se mimetizan, y en ese lenguaje interminable vive la literatura.

"El enojo de Aquiles y los rigores de la vuelta de Ulises no son temas universales; en esa limitación, la posteridad fundó una esperanza. Imponer a otras fábulas, invocación por invocación, batalla por batalla, máquina sobrenatural por máquina sobrenatural, el curso y la configuración de la Iliada, fue el máximo propósito de los poetas, durante veinte siglos". Escribe Jorge Luis Borges en "Flaubert y su destino ejemplar". Y en nota a pie de página agrega:

"Sigamos las variaciones de un rasgo homérico, a lo largo del tiempo. Helena de Troya, en la Iliada, teje un tapiz, y lo que teje son batallas y desventuras de la guerra de Troya. En la Eneida, el héroe, prófugo de la guerra de Troya, arriba a Cartago y ve figuradas en un templo escenas de esa guerra y, entre tantas imágenes de guerreros, también la suya" (22).

Y ya que estamos en los clásicos, ya Homero se cita a sí en la *Odisea*, donde efectúa un pliegue en su relato, y autopresenta en el Canto VII donde el astuto Ulises escucha de un aedo su propia aventura, y cubre con un manto su rostro para que los presentes no vean que llora.

También el ingenioso caballero Cervantes presenta al arrebatado Alonso Quijano comentado cómo otros, Alonso de Avellaneda, no ya cita, sino arrebatada, copia, imita y plagia sus andanzas, a tal punto que en el Prólogo al Lector de la Segunda Parte, debe decir:

¡Válgame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote, digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona!" (23)

Volviendo a los nuestros: estos diálogos en el tiempo, estos engarces, estas continuidades, conexiones y contaminaciones no son ninguna novedad en nuestra literatura.

En Estanislao del Campo encontramos trenzando una continuidad de filiación política y estética con su predecesor y lejano maestro: Hilario Ascasubi, por tal razón llamará a su personaje *"Anastasio el Pollo"*, pues considera a *"Aniceto el Gallo"* de Ascasubi su modelo poético.

A su vez, Ricardo Güiraldes llamará a su famosa creación *"Don Segundo Sombra"*, dado que el paradigma de la literatura gauchesca será *"El Gaucho Martín Fierro"*; el primero, si no en el tiempo, en la valoración y en la formación del Canon literario nacional; mientras que don Segundo sólo una sombra de Fierro será.

La experiencia del cuerpo y de la letra

La existencia como incesante oleaje de repetición(es) y diferencia(s). La repetición engendra la diferencia, la repetición que está en la vida como una ley

natural, y permanente mecanismo sobre el que funciona lo vital. Repetir para aprender a sobrevivir, repetir para adaptarse, para dominar. El músico repitiendo los tonos y los ritmos genera la melodía y provoca la danza; el poeta repitiendo las viejas palabras, crea otro lenguaje, es decir, gesta la diferencia en lo mismo. La repetición produce la infinita multiplicidad de la diferencia.

Una escritura, una literatura del sur, una deriva de voces, un eco, un murmullo que insiste en el acontecimiento primero e imborrable. ¿Repetición de lo Mismo? Mas bien repetición en la diferencia, porque la repetición diferente de lo Mismo ya no es lo mismo, resulta otra cosa, un acontecer de pura experiencia, una voluntad por diferenciarse de lo céntrico, del modelo; singularidad de ser-y-estar-siendo-aquí-y-ahora.

Aquello que se repite es el **lugar**, la aventura del **viaje**, la emoción del camino y el goce de la **escritura** como cauce comunicativo, testimonial, catárquico y, por supuesto; el placer de leer el camino andado.

La escritura patagónica se compone de un juego de paráfrasis, de comentarios e interpretaciones intertextuales que se retroalimentan ad infinitum en una duplicación temática que son señales, huellas, caminos para poder guiarnos y transitar con cierta comodidad por laberintos silenciosos, en edades sin nombre bajo el misterio de lo oculto.

Pero, ¿quién o quiénes repiten esos ecos? ¿quiénes continúan con el derrame incontenible de experiencias y testimonios?

¿Quiénes? Los que marcaron caminos en la esperanza, los que siguiendo picadas, veredas, viejas sendas tehuelches, fatigaron entradas con sus cuerpos; viajeros sobre sus pies y viajeros ecuestres, remontando ríos (como el salmón) hacia sus nacientes, recreando para otros, para los que vendrán, esos mundos soberbios, inhóspitos o placenteros. Fueron unos pocos, anónimos o nombrados quienes hicieron claros en la topografía, abrieron huecos en el tiempo por donde se filtrarán otros saberes para descubrir pasados vírgenes.

Descubrieron para todos un mundo elocuente de silencios, de horizontes severos en los límites de cielos luminosos; hallaron y hollaron paisajes insólitos, como agazapados, en espera de la presencia forastera (no aquella del nativo que fuera emanación de la Tierra) para mostrarse como vasta interrogación, como enigma a revelar. Ellos, los pioneros, elaboraron la epopeya del asombro y del trabajo, de la ambición y el lucro, dejando señales claras de su paso en el espacio y en el tiempo vivido, para volver a ser recorridas insistentemente por generaciones que repiten y, en un incontenible murmullo, diagraman nuevas formas y posibilidades de vida. Es a ellos que debemos la **idea de patagonia**; por lo menos hasta que sean los propios patagónicos –sus habitantes- quienes se conviertan en voceros del vivir aquí.

Siempre habrá alguien que inicie lo que será repetido:

En el fondo de esta enseñada que forman las sierras, hay dos piedras como dos torres, la una más alta que la otra, cuyas puntas muy agudas exceden a todas las sierras vecinas en altura, sin nieve en ellas, y les llaman los indios Chaltel. Por el N son estas sierras muy tendidas en forma de meseta como de E á O, con varias cañadas á trechos que por cada una de ellas baja un arroyo caudaloso, y manifiestan serlo mucho más. Por el S y O de la laguna, forman su costa las mismas sierras sin meseta ni salida alguna, llenas de un tegido de picachos cubierto todo de nieve, y dicen los indios que aquella parte es intransitable, y que jamás han visto pasar ni para allá ni para acá alma viviente, ni creer que se halle

aquí fiera alguna, y es formada de la nieve, y por un costado de esta rambla bajaba mucho agua que entraba en la laguna, del mismo modo que cuanta de toda la sierra produce la nieve derritiéndose: con lo que sin duda tiene mucho fondo la laguna, y lo informa así su color semejante al del mar, sin embargo de que los arroyos todos le entran de un color blanquecino gredoso.

Diario de Antonio de Viedma. Día 21 noviembre de 1782 (24)

Repetición y diferencia:

...En el fondo sólo distinguimos una pequeña cadena de cerros; el horizonte, sobre ellos, está toldado de nubes plumizas y oculta las Cordilleras pero, en un momento que se hace un claro entre los vapores agolpados, vemos el negro cono del volcán y una ligera columna de humo que se eleva de su cráter.

Los tehuelches me han mencionado varias veces, y con terror supersticioso, esta "montaña humeante". Es el Chaltén que vomita humo y cenizas y que hace temblar la tierra; sirve de morada a infinidad de poderosos espíritus, que agitan las entrañas del cerro y que son los mismos que hacen tronar el témpano que se desmorona en el lago. (...) grandioso espectáculo debe presenciar el salvaje, al pie del Chaltén, cuando en la noche del fuego brota del centro del agua congelada en las altas montañas e ilumina como gigantes faros con sus rojizos resplandores las blancas nieves de los Andes y las azules aguas del lago, mientras la densa columna de negro humo oculta las brillantes estrellas del sur.

Este volcán es la montaña más elevada de las que se ven en estas inmediaciones y creo que su cono activo es uno de los más atrevidos del globo; su cráter, situado a una altura que calculo a la vista de 7.000 pies, no guarda la nieve, y su color negro, igual al del pico más agudo, situado en su costado oeste, se destaca sombrío de la nieve de la base. Viedma cita en su diario esta montaña, al decir que hay dos piedras como torres que los indios llaman Chaltén, pero no dice que sea un volcán. (...)

Francisco Moreno: marzo, 2 de 1877 (25)

Diferencia en la repetición:

Frecuentemente iba hasta un punto que dominaba el Río de las Vueltas, y desde allí tenía la más maravillosa de las visiones. El amanecer sobre el cerro Fitz-Roy constituye un cuadro como para cautivar al exigente artista. Los picos de la montaña se perfilan nítidos en la luz del alba, en contraste con la profunda sombra del bosque a su pie; luego, de repente, los primeros rayos del sol levante parecían jugar sobre la cimas, como luces de San Telmo en los masteleros de un barco. Después era imponente verlos extenderse hacia abajo, hasta revelar en púrpura la totalidad del cono del Fitz-Roy, como si le hubiera tocado la vara dorada del mago; el valle entero se inundaba de luz, y centenares de metros más abajo serpenteaba el Río de las Vueltas, deshaciéndose en cantidad de arroyuelos, como hilos de plata en gigantesco estuche verde. Mi pluma no alcanza a describir su hermosura, por más que haya hecho hace años una pobre tentativa, intitulada Ven a nuestras bellas montañas. A veces me quedaba horas hipnotizado en mi contemplación, mientras los siervos pastaban apaciblemente en mi derredor, y no podía menos de inclinarme reverente meditando sobre la frase: "Gracias, mi Dios; sé que estás aquí, junto a mí"

Andreas Madsen (26)

Capítulo Tercero

El Viaje

Patagonia comienza con un viaje. Todo viaje es una historia que a su vez contiene otras. Viajar es recorrer territorio; se viaja sobre el mismo suelo que otros en otros tiempos lo hicieron.

Lo inmediato y primero en todo andar es el cansancio y es el asombro, el latido al límite de ritmos sensoriales, el encuentro insólito con horizontes ignotos, una experiencia nómada de un cuerpo viandante sobre el cuerpo territorio.

Viaja quien transita un lugar, un espacio. Viajero es todo aquel que no es del lugar que atraviesa.

El tehuelche no era viajero sino nómada, él recorría las necesidades de su propia escasez; tenía sus aikes, los paraderos donde se estacionaba; y ese estar siendo en distintos lugares y de acuerdo a las estaciones será su hogar.

El nómada fue Hijo dilecto de la Tierra Madre, Fue tierra que anda, y en tal sentido el verdadero y único Señor del Aike. Tehuelche, "gente bravia" en la apreciación de los bravos araucanos.

En cambio, para el viajero moderno el territorio que transita le resulta extraño y ajeno, es un extranjero, un extraño cuya única preocupación es cruzar vertiginoso y urbano las largas extensiones patagónicas.

Viaje y escritura. Andar y escribir lo andado. El camino como vivencia y absorción de un mundo desconocido, la participación del cuerpo en las distancias, en la dinámica y en la estática de las cosas. La experiencia errabunda elabora un corpus literario escribiente y lector a la vez.

El lenguaje es una materia que naufraga en la inmanente empiria, la letra consiste en la imposibilidad de describir la intensidad de la experiencia, a su vez, el cuerpo en su lenguaje carnal habla de lo inefable haciendo balbucear la escritura.

La letra de los viajes comienza a inscribirse primariamente en la fisiología del andante. Con y a partir del cuerpo, compondrá sus páginas memoriosas.

En los viajeros escritores, el verbo se corporaliza para resucitar en el lector como verbo encarnado, es decir, en placer del texto, en emoción del relato.

El relato expedicionario habla de un recorrido por el cuerpo del territorio. En el propio cuerpo del viajero, el imaginario se vuelve real, y en el lector, el viaje real transcrito vuélvese todo imaginación, provocando la fusión del deseo con la letra y de la letra con el placer.

El viaje como topos de la literatura y desdoblamiento de la experiencia en cuerpo y letra. Para George Gadamer, lo esencial de la experiencia es que no puede agotarse en lo que se dice de ésta ni con lo que puede captarse de su significado.

La experiencia del viaje es inenarrable, viseral, pertenece al campo de lo emotivo.

La experiencia, y el relato de esa experiencia, son dos realidades distintas que buscan la mezcla sin lograrlo. Son prácticas irreductibles unas de otras.

Partir, iniciar el camino es comenzar la escritura que crece con el propio viaje y que, al regreso, se convierte en literatura memoriosa, testimonio de un peregrinar por el ignoto territorio telúrico y el subjetivo del viajero. Todo viaje es una gestación de obra, y la experiencia resulta la cantera de donde la escritura extrae sus materiales.

El viaje como género narrativo ha sido creador de mitos. Los viajeros - también los nómades- nombran por vez primera aquello que siempre estuvo y que la palabra desoculta, saca de su silencio, del ensimismamiento milenario, y esa toponimia que nace del asombro, marca referencias y establece límites. La mirada primera siempre es descubridora, sea del extranjero o sea del niño, el que descubre por vez primera su mundo.

Quien viaja, puesto a narrar atestigua lo extraordinario y sorprendente; espía el lado fantástico de lo habitual. Para el pionero el camino consiste en dejar que el azar y lo imprevisto se imponga con su presencia de danza embriagante, afronta el suspenso de la incertidumbre como un juego, abierto al peligro, oscila en depresiones y euforias, ganándolas, se deja ganar por las distancias.

El viaje será el evento que lo cambia todo; cambiará a quien lo lleve a cabo y a los que reciben noticias del errante. Habrá un antes y un después del viaje pionero.

Los Viajes

El viaje como experiencia se ramifica en múltiples sentidos, habría así un viaje de **aprendizaje** y un viaje **identitario**, un viaje **colonial** de apropiación y conquista, el viaje del **ocio** y el **metafísico**. Una deriva de caminos y disímiles modos del caminar.

Viaje de aprendizaje, camino hacia la fuente de un conocimiento inmediato, in situ de la cosa buscada; es el viaje paradigmático de Félix de Azara, de Alejandro Humboldt, de D'Orbigny, Darwin, o Hans Steffen entre otras avanzadas, que generan el descubrimiento de una realidad y convocan a su emulación.

El viaje identitario como búsqueda de lo que es y de lo que no se es, en el cual la emergencia del Otro puede surgir como amenaza o como obstáculo impenetrable.

El viaje identitario conduce al devenir otro del viajero, aunque también de los nativos que hospedan o acompañan al trashumante; Musters guiado por la gente de Casimiro Biguá.

Hay encuentros y desencuentros, como el ya legendario entre Moreno y Sayhueque, conflictos y armonías, devenires que fusionan identidades y crean nuevas.

El viaje colonial es, de hecho, negación del Otro diferente. Fue el que impulsaron conquistadores, colonizadores, militares y catequistas.

En Patagonia, una variante colonial fue la mezcla de narcisismo y vagabundeo estético de la aristócrata Florence Dixi o del charlatán Chadwic.

El Viaje metafísico no puede ser proyectado ni preparado como se prepara la mochila porque en cualquier recodo del camino el viajero se enfrenta de improviso con su nada. El viaje metafísico es el sendero donde tiene lugar el evento de la nada: la nada de sentido y de cualquier fundamento y que el vacío de la meseta, la abrumadora presencia de la soledad revela al hombre el silencio de sentido que lo rodea y atraviesa. Será toparse con ese espacio de silencios blancos de significados donde abundan todos los significados, esos aikes sin tiempo; será encontrarse sin más con el infinito, la eternidad a boca de jarro y la percepción de la propia infinitud.

La nada geográfica convoca la nada filosófica y, si se sale indemne de ese vacío podrá retornarse más pleno, más fuerte, más convencido de la inmanencia y relatividad de las cosas.

Más allá de los objetivos de toda empresa, lo que llena de sentido su aventura es la misma errancia, caminar el camino.

El espacio recorrido resulta la matriz generadora de vivencias y percepciones, cuerpo terrenal vivido, gozado, sufrido y deseado por la carnalidad del significante. Mundos entrañables donde el emparejamiento y fusión de lo externo con la internalidad se exteriorizaran en la escritura.

Los viajeros

Viajeros de todo tipo y condición. Viajeros en todas direcciones cubriendo de nombres los blancos espacios de la *terra nullis* del mapa patagón. Viajeros que repiten con sus pasos las inéditas sendas recorridas por el Tehuel. Viajeros que dejan su experiencia trashumante en la letra, la que proyecta sombras que confieren relieve a la escritura: son las sombras de aquellos viajeros involuntarios, de quienes, si algo se sabe de su paso, será por boca o letra de otros. De alguno de esos andariegos de pampas y cordilleras tenemos noticias, pero; ¿y qué de aquellos de los que nunca sabremos? Sombras adivinadas, sueño pesadillezco, personajes dramáticos sin nombre y sin autor. Borrosas epopeyas del anonimato, historias desconocidas que intuimos, sospechamos y necesitamos para construir nuestra propia y austral memoria. Desconocidas historias, tan ciertas y tan reales que han quedado ancladas en el paisaje como una hebra de lana en una mata espinosa.

Hay una larga como penosa lista peregrina; resulta de los primeros patagoniantes, sombras nómades cruzando el tiempo, buscando desgarrar el olvido como punto de destino.

La Historia recuerda algunos nombres. Dígase y téngase por ejemplo:

El capitán Juan Rodríguez Serrano, que naufragara con su tripulación en la nave "Santiago" de la flota descubridora de Magallanes. Primeros nautas terrestres no patagónicos que recorren la costa atlántica de Puerto Santa Cruz a Puerto San Julián.

El misionero Nicolás Mascardi, que a fines del siglo XVI sale de Chile, llega al Nahuel Huapi. Las crónicas cuentan que accede a los lagos Munster y Colhué Huapi, a Puerto Deseado y: ¿llega al Estrecho de Magallanes?

Hilario Tapary, indio guaraní quien, de San Julián, emprende viaje hasta Santa María de los Buenos Ayres en 1753.

En 1883; de la tribu del cacique Orkeke, la hermana mayor de éste, Walampa, es dejada abandonada por las fuerzas del ejército argentino al deportar a toda la tribu tehuelche que será embarcada en el vapor "Villarino". La anciana Walampa con 80 años caminó 400 kilómetros de Puerto Deseado a Puerto Santa Cruz.

1937. Guillermo Isidoro Larregui, "el vasco de la carretilla" viaja, de Paso Ibáñez, hoy Comandante Luis Piedra Buena, a la Capital Federal.

Una infinita miríada de pasos recorre en cualquier dirección de la rosa de los vientos la tierra sureña. De los nombrados tenemos noticias, tenemos la letra. ¿Y de los otros? ¿Quiénes?

Al pie de la letra

Dijimos que en el inicio de la Patagonia asomaba el topónimo basado en la letra de la literatura. Pero aquí no termina la historia de nuestra invención ficcional.

En el siglo XVIII habrá una lectura inquieta de una escritura práctica: los lectores serán burócratas iluministas de Carlos III, la letra pertenecerá a la obra del jesuita Tomás Falkner, "*Descripción de la Patagonia y de sus partes contiguas de la América del Sur*", fechada en 1774 y cuyas sugerencias a los poderes de ocupar estas heredades alarma a tal punto a la corte del rey español que éste decide establecer poblaciones y a su orden se erige en enero de 1778 el *Fuerte San José* en Península Valdés, a cargo de Juan de la Piedra. Un año después, el fuerte *El Carmen* bajo la responsabilidad de Francisco de Viedma; y en diciembre de 1780, *Floridablanca*, en San Julián, por el hermano de aquel, don Antonio de Viedma.

El texto de Falkner que pondrá en alerta roja a las autoridades españolas decía:

Si alguna nación intentara poblar este país podría ocasionar un perpetuo sobresalto a los españoles por razón de que aquí se podrían enviar navíos al Sur y destruir en él todos sus puertos antes que tal cosa se supiese en España, ni aún en Buenos Aires...

La alarma está claramente expresada en la Real Orden del 24 de marzo de 1778:

Con el fin de que los ingleses o sus colonos insurgentes no piensen establecerse en la Bahía de San Julián o sobre la misma costa para la pesca de Ballenas en aquellos mares a que se han dedicado con mucho empeño, ha resuelto S. M. que se den órdenes reservadas y bien precisas al Virrey de Buenos Aires y también al Intendente de la RI. Hazienda, previniéndoles que de común acuerdo y con toda la posible prontitud disponga hacer un formal Establecimiento y Población de dha. Bahía de San Julián (...) (27)

Dos meses después, en las "Instrucciones" del Conde de Floridablanca, aparecen nuevos fantasmas que recorren América, son los de la emancipación de las trece colonias norteamericanas producida en agosto de 1776:

Desesperanzados los Yngleses de recobrar las vastas posesiones que ven subtraídas de su dominio en América Septentrional, con tanto menoscabo de su marina y comercio, y consiguientemente de su extensivo poder, les es ya indispensable pensar en hacer alguna adquisición en América Meridional, la que le sirva al mismo tiempo de empleo y fomento a sus pesquerías, navegación mercantil y fuerzas navales y prometa a la Potencia Británica para lo necesario alguna indemnización de la gran pérdida que ha padecido. (...) Se sabe que han levantado planos y hecho varios reconocimientos, lo que debe excitar nuestra vigilancia y nuestras precauciones (...)

Dos son los parages principales a donde desde luego debemos dirigir nuestro conato para ocuparnos inmediatamente y formar con ellos alguna población: Bahía Sin fondo y Bahía San Julián... y enviar socorros a fin de que no se malogren por la falta de auxilios, ni se repita el lamentable suceso de Puerto de la Hambre poblado por Pedro Sarmiento de Gamboa. (28)

Con esto dejamos plenamente aclarado –lo aclaran los documentos reales– que fue la letra y la lectura de la letra disparadores de hechos prácticos que llevaron a movilizar cuantiosos medios materiales y personales que diera lugar a la creación de las primeras poblaciones blancas en Patagonia.

Otras lecturas

Juan Manuel de Rosas leerá el Informe de 1781 del piloto Basilio Villarino sobre la navegabilidad del Río Negro, y con seguridad la obra del sabio Félix de Azara, "*Viajes por la América Meridional*" (1808). Sobre ésta y otras informaciones como Informes y Memoriales, extenderá la frontera de la Confederación Argentina hasta Choele Choele. Estamos en 1833 y el naturalista Charles Darwin visita al caudillo bonaerense en el campamento de éste. El hecho no es para nada intrascendente, sea para la ciencia, sea para futuros viajeros científicos.

Francisco Moreno, sigue en la letra y en los pasos a don Antonio de Viedma, al capitán Fitz Roy, a Darwin, al misionero Teófilo Schmid, a Guillermo Cox o al piloto Basilio Villarino pero ajustando lo visto y escrito por estos predecesores y corrigiéndolos de ser necesario; de esta manera, el lago que Viedma en 1782 define como laguna y que descubre para los ojos europeos, es redescubierto por los ojos argentinos del teniente Valentín Freiberg en 1871, y definitivamente agregado al inconcluso mapa patagónico como "Lago Argentino" en la denominación del naturalista Francisco Moreno, y llamando "Lago Viedma" a la otra cuenca lacustre hallada más al norte, y en homenaje a aquel, subsanando además el error del español que creyó que el mencionado lago era fuente del río Santa Cruz.

Repetición de lecturas que conforman una cadena de diferencias: Agustín del Castillo lee y corrige a Moyano y a Lista y éste a su vez a Moyano y a Moreno.

Luis Jorge Fontana, primer gobernador del Territorio del Chubut sigue a los galeses, continúa a Moreno y a Musters en una atenta persecución de páginas y horizontes. (30)

A su vez, Francisco Pietrobelli se detiene en Fitz Roy:

Pensé que el único remedio era una salida más directa al mar, salida que estimaba podría hallar en Rada Tilly, geográficamente más cercana y en condiciones favorables para el fondeo de pequeños vapores, dato que había conocido leyendo el libro "Derrotero", del famoso capitán Fitz Roy. (30)

(Sabido es que el famoso capitán del Beagle era admirador y estudioso del excepcional piloto Pedro Sarmiento de Gamboa).

Una interminable cadena de interpretaciones y persecuciones, lecturas apasionadas de textos previamente redactados por los pies y el asombro.

Letras pata-agónicas, ahora sí de etimología pedestre. Letras provenientes del cansancio y del frío, del hambre, los pozos de soledad, de las penurias del camino. Escritos como botellas al mar. Flechas lanzadas al tiempo, a probables y anónimos lectores. Las huellas de esos escritos y esas lecturas es lo que hoy denominamos PATAGONIA.

Capítulo Cuarto

Escribir y seducir

La novela de un país

Hacia la segunda mitad del siglo positivista, la escritura con temática patagónica adquiere otro tono, no muy distinto a la precedente si bien más pragmática y perentoria, como quitándose el lastre colonial, como si quisiera ponerse al ritmo del tiempo histórico que la modernidad acelera sin esperar. Pareciera que la velada advertencia de Falkner –de ocupar el sur baldío- volviérase a tener en consideración dada su actualidad en el proyecto nacional.

Los integrantes de la llamada "generación del ochenta" se expresarán en un lenguaje optimista con perspectivas de futuro, empeñados por ensanchar los horizontes territoriales, y darle un formato definitivo al estado nacional. (31)

Lo efectuado por tal generación fue un acto de tensión vital tan grande que desbordó toda praxis y toda imaginación geopolítica de los argentinos educados para un país miniatura, portuario, de pampa húmeda.

Moreno, Moyano, Fontana, Lista, Olascoaga, Castillo, Ameghino, Onelli entre otros, cubrirán con actos posesorios las vacías páginas de las cartas geográficas, aventarán el impenetrable silencio de los vastísimos espacios con relatos de sus propias o ajenas andanzas donde abundan empeños, incertidumbres, éxtasis, peligros, audacia y coraje de precursores.

Textos que brotando de suelos recorridos, circularán de la imagen a la mano que escribe para descifrar en la escritura aquello marcado por el camino; insólitas y hondas vivencias, sensaciones fuertes, inolvidables, intensidades hipnóticas de cielos implacables donde un paisaje estalla.

Escritura corporal de pioneros donde se trasluce la admiración y la singularidad vivida, en sus tiempos gramaticales, en la tensión que el relato crea y donde no faltarán protagonistas principales y secundarios; escritos borroneados sobre un escenario severo e inmovible. Será la novela del poder en expansión, escrita y protagonizada por generaciones de héroes y antihéroes, fieles y traidores, criollos, gringos, onas, tehuelches y mapuches, un escrito polifónico de autor sin nombre.

Pero el relato escrito sólo puede ser individual, la literatura es un trabajo y un placer solitario. Novela autobiográfica aunque trate la etnología, la geografía o la historia, escritura donde lo público y lo privado se confunden, se complementan o arriban a la contradicción.

Visualizada desde lo literario, la Historia patagónica adquiere otro sentido y otro interés. En última instancia, toda historia no es sino una selección de acontecimientos y de nombres que personifican esos acontecimientos. La Historia la hicieron personajes pirandelianos en busca de autor, pero al escribirla quien anduvo, imprimirá en ella su historial personal; seres individuales narrando en la letra de sus cuerpos el texto dictado por el poder estatal.

El placer del texto

El proceso cronológico y circular de la formación del imaginario patagónico sería el siguiente: experiencia-escritura-lectura. A este primer momento le sigue un movimiento reverso de: lectura-experiencia-escritura.

El viaje (circular) se cierra con la experiencia de la lectura que los lectores tenemos de quienes hicieron efectivo el viaje invitándonos a repetir la experiencia.

Hay lecturas germinales, creadoras, lectores mejor dotados que los escritores leídos. Lectores quijotescos que toman por ciertas las primigenias narraciones del país austral.

Lecturas grávidas e inquietas: Musters declara haber leído "con delicia" la obra de Darwin y de igual forma la narración del capitán Fitz Roy; textos de compatriotas que según confesión lo impulsaron a llevar a cabo sus ansias de recorrer este Sur.

Sabemos que lectura y vida son cara y ceca de la existencia. En estos raros lectores, lo leído requiere, busca, necesita ser vivido. Esas emociones que el placer de la lectura provoca, exigen ser repetidas, ser otra vez sensiblemente incorporadas, volverse nuevamente cuerpo, latido, imágenes, una suerte de "*amor fati*" nietzscheano; son lecturas desencadenantes del Deseo.

Los exploradores del siglo XIX no leerán a Falkner, a Darwin, a Villarino por el simple placer erudito, serán en cambio lectores excesivos, abstraídos y atraídos por la acción. Sus lecturas confirman un estado de espíritu aventurero de curiosidad científica en un trasfondo romántico. Con tales lecturas construirán mapas, cartas orientadoras, derroteros para no naufragar –como tantos ignaros- en el desierto.

Ya en el viaje estos peregrinos lectores harán a su vez una impensada doble lectura en la que les va su suerte: leerán la referencia bibliográfica e interpretarán –la otra lectura- en el terreno. Producirán así correcciones o confirmaciones, variaciones sobre el terreno-cuerpo del país. (Moreno siguiendo la ruta marcada por Viedma y Fitz Roy al remontar el río Santa Cruz).

Sin embargo, de poco valdrían tales guías sin el apoyo irremplazable de los habitantes autóctonos, de los tehuelches amigos. Sin ellos, Musters no hubiera podido efectuar su increíble itinerario longitudinal; tampoco Moreno hubiera accedido a los ocultos y maravillosos lugares, ni los peregrinos del "*Mimosa*" echar raíces en el Chubut.

Lecturas cartográficas, lecturas salvavidas. Cartografías de la aventura individual y discursos del poder estatal.

La seducción de la letra

Escrito bajo el silencio mineral que enmarca y aísla el murmullo de las cosas y de los seres que acompañaron ese momento, quienes como mudos testigos quedarán grabados en los signos que intentan captar esos instantes. Escrito en la

libreta de apuntes y ahora leído y escuchado por aquellos inocentes por vivir en adánica ignorancia de la letra, ignorantes del fenómeno cultural letrado, de ese universo denominado libro, escritura, lectura, magia hipnótica que trae el huinka.

Francisco Moreno lee a los tehuelches que acompañaron a Musters párrafos de "At home with the Patagonians" (posiblemente lo habrá hecho en inglés, idioma que entendían) donde ellos, analfabetos oyentes de un lector que les lee aquello que efectivamente hicieron en el pasado.

Del libro surge esa nueva recreación de la vida vivida, esa correspondencia llamada verdad. En ese descifrar de caracteres se hace presente y actualiza el pasado convivido y que ahora, el "Tapayo" (así nombrarán familiarmente los indios al Perito) vuelve a hacer presente y actual.

Los oyentes, libres aún, han sido ya capturados por la literatura, ahora son signos, letras, fantasmas que emergen al abrirse la caja que dicen "libro". También ellos están cazados, enredados en esos juegos de magia. Convertidos en historia escrita, se los ha capturado y disecado, han dejado de ser la letra del mundo para pertenecer al mundo de la letra, han sido transferidos a una cultura que calcula, clasifica, fija y separa, Ellos, que son parte inescindible del mundo.

Siendo todavía, ya son leyenda, pasado, sólo posible de ser convocado por la magia de lo escrito. Sus vidas han quedado suspendidas en esas páginas. Aún no los capturó la fotografía (no tardará mucho), pero ya están congelados, cristalizados en la narración.

Ellos tal vez intuyan que en esos signos que hipnotiza estará, paradojas de la historia, su olvido sangriento, la resurrección y el retorno.

Los blancos les harán conocer el espejo donde se verán reflejados, pero "el moreno" les acerca otro espejo hecho de palabras que refleja aquello que no está, lo real invisible, una nueva memoria, un eco absurdo surgiendo de la nada, una suerte de recuerdo prefabricado y convocado a voluntad.

Para los guenena kuna que atentos escuchan el relato de Musters por boca del Perito, la realidad se ha vuelto ficción, sólo que, ahora, para nosotros, la ficción son ellos y la realidad es Moreno leyendo; pero también somos nosotros leyendo a Moreno que lee a Musters a los guenena kuna.

Nada más plácido, relativamente, que la sonrisa de la buena india cuando le muestro las ilustraciones del libro de Musters y le refiero lo que dice de sus amigos los tehuelches. La muerte del valiente Castro, en las alturas del río Chico, las penalidades del invierno, la caza de toros salvajes y tantos otros cuadros de la vida nómada en esas regiones trazados por la pluma del explorador inglés aunque abreviados por mí, son fielmente reducidas por María a sus compañeros que no comprenden el español. Ella ha conocido a Musters y lo recuerda perfectamente; me dice: "Musters mucho frío tenía; muy bueno pobre Musters".

Las penalidades que este valiente marino sufrió, y que aumentan el valor de su excelente relato del viaje, fueron más tarde materia de largas conversaciones.
(32)

En la deriva de la lectura

El novel lector, y me refiero a aquel que primerizo se acerca a un libro de viajes ignorante del país que el autor recorre, de la dirección de sus ríos, de los parajes con sus relieves, los quiebres, cimas, y cuevas, escarpas y sendas, amplitudes pampas y valles estrechos, país con su bicherío, su clima, y la toponimia que nombra las cosas de ese mundo ignorado. Ese lector se internará en una narración de ficción aunque lo que lea se designe de científico. Sabrá tal vez, como el autor, a dónde va, pero, igual a aquel, será absorbido por la incertidumbre y el desconcierto ya que para este lector, los nombres, su grafía y su fonética resultan no ya familiares sino literalmente incomprensibles.

Confirmando lo que decimos, podríamos citar al respecto algunos nombres de la topografía que anota Musters en su viaje:

Oshir, Mowaish, Eletueto, Eke, Yolk, Henno, Geylum, entre otros.

¿Podría ubicar el lector patagónico poco versado en geografía histórica a qué paraje se refirió el viajero inglés? Y sin embargo ese andar a tientas, ese vagar en un espacio desconocido y en un tiempo perdido es, justamente, lo que apasiona y gusta de tales relatos.

A veces, el viajero se apiada del lector:

"Para facilitar al lector la comprensión de nuestra ruta divagante y la disposición intrincada de estas montañas y ríos, el croquis que ofrecemos puede ser de utilidad; éste no pretende ser exacto, pero proporciona una idea de la región atravesada y de nuestros movimientos entre Henno y Teckel". (33) En la grafía toponímica actual serían Genoa y Tecka.

El azar y lo imprevisto como parte de la magia del camino.

Así describe Moreno los momentos en que llega al lago Argentino:

Nada puede expresar mi entusiasmo en estos momentos que el caballo asciende y desciende jadeando la cadena de médanos, agujoneado por la espuela, hasta caer extenuado en un pozo o embudo formado por el remolino de viento entre la arena movediza. El ruido es mucho más sensible pues parece que detrás del médano choca el agua; ya se oye el ruido del cascajo que rueda a su impulso; trepo la oleada de arena y encuentro al grandioso lago que ostenta toda su grandeza hacia el oeste. Es un espectáculo impagable y comprendo que no merece siquiera mención lo que hemos trabajado para presenciarlo; todo lo olvido ante él.

Las aguas azul-verdosas penacheadas por las corrientes vienen ondulando a desparramarse sobre estas playas. Moviéndose a la distancia se ve un cristalino témpano que balancea, fantástico, su blanco castillo en las profundas aguas del centro que minan su base, mientras que el sol radiante derrite manchones de nieve nueva sobre la elevada cumbre de "Castle Hill", inmensa fortaleza geológica destruida por las inclemencias y el tiempo. De un chubasco renegrido que se cierne sobre los canales del pacífico, se destacan blancos y azules picos, otros tantos jirones del manto patrio que se divisa en el horizonte.

... Es deber mío ir a anunciar a los compañeros la buena nueva, y arrancándome a la contemplación que me absorbe desde el médano árido, ante el espléndido panorama que se desarrolla frente a mí, me alejo no sin haber antes penetrado a caballo en el agua, mojándome todo lo posible; pueril satisfacción de un deseo largo tiempo arraigado. (34)

Instantes similares serán vividos por Luis Jorge Fontana al encontrarse por vez primera con el lago que hoy lleva su nombre:

Nunca habíamos tenido tanto deseo de ver el más allá.

Llegó un momento en que no pude dominar la impaciencia porque los minutos me parecían horas, y picando espuelas me lancé a la carrera, siguiéndome todos, con igual entusiasmo. (...) El corazón me decía en sus continuos latidos que subiendo a la cúspide nos hallaríamos en presencia de algo sorprendente. (...) Así fue, en efecto, porque momentos después dominando las alturas, salió inmediato y espontáneo de nuestros labios un grito de suprema admiración.

Lo que así fascinaba nuestro espíritu era la presencia de un lago de muchas leguas de extensión con sus aguas verdes y tan agitadas como las del mar, en los momentos de borrasca. Las olas venían con su murmullo turbulento, coronadas de blanquecina espuma a estrellarse contra las piedras esparcidas en la playa, salpicando las orillas, después del choque, con lluvia fugaz de hilos cristalinos y chispeantes. (35)

La vuelta sobre sus pasos de los Rifleros:

Día 9, miércoles. Partimos a las 9 ½ a.m. y desandamos nuestro camino de noviembre; llegamos al río Sacamata a las 3 p.m. Deduciendo las vueltas, calculo que hemos recorrido unas cinco leguas con rumbo E.N.E., de aquí por dos leguas fuimos hacia el S.O. y acampamos a las 5 p.m. (36)

El ánimo exaltado de los Rifleros ante el Valle Encantado, su Cwm Hyfryd que hace cantar a John Davies el soldado, lo que no había ocurrido desde la salida de Rawson, o sea, a un mes y medio de la partida.

Son manifestaciones de lo nuevo y de lo insólito, del azar que busca sin saber todo peregrino y que la lectura también errabunda y primeriza nos deja.

La maldita conquista

La escritura es una forma de la ética, letra de una conducta y de una valoración implícita en toda relación. La conciencia social y ética nunca estuvo aletargada ni oscurecida pese al natural optimismo y a la impetuosa voluntad con que imprimieron a sus aventuras exploradores y colonizadores. Pero esas voces críticas que denunciaron los malos tratos infligidos a la población autóctona en la conquista del desierto, no fueron muchas ni suficiente para ser tenidas en cuenta por los poderes decidores, pese a la autoridad y prestigio de un Lucio Mansilla, del Perito Moreno, o de los misioneros de las órdenes religiosas que hicieron eco del despojo y el dolor de los pueblos nativos.

Del carácter pacífico de los hombres del sur, dará cuenta un testigo objetivo:

"...acaso sean los patagones, de todas las naciones salvajes, las menos inclinadas a atacar o engañar a los extranjeros." (37)

Todas estas voces de tolerancia fueron tapadas por la euforia terrateniente enancada en la cresta del avasallante progreso liberal.

Tras el holocausto de la población del Tehuel y el inicuo despojo de la tierra repartida entre la oligarquía, cundió el desaliento y muchos de quienes participaron en la ampliación del territorio patrio sintieron totalmente defraudados.

Esto escribirá un testigo irreprochable; el Comandante Prado:

¡Pobres y buenos milicos!

Habían conquistado veinte mil leguas de territorio, y más tarde, cuando esa inmensa riqueza hubo pasado a manos del especulador que la adquirió sin mayor esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron –siquiera en el estercolero del hospital- rincón mezquino en qué exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo.

Al verse después despilfarrado, en muchos casos, la tierra pública, marchanteada en concesiones fabulosas de treinta y más leguas; al ver la garra de favoritos audaces clavada hasta las entrañas del país, y al ver cómo la codicia les dilatava las fauces y les provocaba babeos innobles de lujurioso apetito, daban ganas de maldecir la gloriosa conquista, lamentando que todo aquel desierto no se hallase aún en manos de Reuque o de Saihueque. (38)

También Francisco Moreno, el Perito, tendrá palabras amargas ante la suerte corrida por sus amigos tehuelches:

Mi pesimismo estaba en la verdad; treinta y cuatro años han transcurrido desde que el cacique Ñancuqueo desapareció defendiendo el suelo en que nació, desde que con medios violentos, innecesarios, quedó destruida una raza viril y utilizable, y desde esa fecha, aun cuando ya hay en la región florecientes pueblos y la cruz a la parte del riel, estorban su progreso concesiones de tierras otorgadas, a granel, a potentados de la Bolsa, una vez que la frontera avanzó, lo que hace que decenas de leguas estén en poder de un solo afortunado, el que espera que las valorice el vecino. "¿Para qué sirven aquellas tierras?", era la frase consagrada que escuché a no pocos de los que tenían en sus manos la fortuna y aún la suerte de la patria. (...)

Está aún por escribirse la verdadera historia, desprovista de pasión y cálculo, que establezca lo que haya de cierto respecto a las luchas contra el titulado salvaje, (...) pero durante esa lucha se realizaron matanzas inútiles de seres que creyéndose dueños de la tierra, la defendían de la civilización invasora. (39)

En 1898 un escritor testigo del holocausto del Hombre Sur se compadecía:

"Sin embargo, esos indios, y especialmente los onas, no merecen suerte tan cruel.

Por su inteligencia, por sus condiciones de carácter, por su mansedumbre, eran acreedores a los beneficios de la civilización, y debió tratarse de conquistarlos poco a poco para ella. No ha sido así... Se ha hecho todo lo contrario, y se les ha cazado como a fieras, en nombre de los más altos principios de la humanidad" (40).

Pero hay una página testimonial que quedó en el silencio de la privacidad, un impresionante documento de lo efectuado por las fuerzas expedicionarias contra el nativo patagón, en ésta, su autor, John Daniel Evans describe no sin pudor y con el corazón compungido un verdadero campo de exterminio donde muere un amigo chehuache kenk:

Los indios tehuelches durante el verano se instalaban en los valles de la cordillera con sus toldos y su ganado, entrado el otoño levantaban campamento y

se situaban cerca de Glyn Du a la vera del río Chubut, es aquí donde frecuento al Hermano del Desierto que tantas destrezas me enseñó y en especial recuerdo a mi amigo hijo de una de las mujeres de Wisel. Al principio no lo reconocí pero al verlo correr a lo largo del alambre con insistencia gritando Bara Bara (pan en galés), me detuve cuando lo ubiqué. Era mi amigo de la infancia, mi Hermano del Desierto, que tanto pan habíamos compartido. Este hecho llenó de angustia y pena mi corazón, me sentía inútil, sentía que no podía hacer nada para aliviar su hambre, su falta de libertad, su exilio, el destierro eterno luego de haber sido el dueño y señor de las extensiones patagónicas y estar reducidos en este pequeño predio. Para poder verlo y teniendo la esperanza de sacarlo le pagué al guarda 50 centavos que mi madre me prestó para comprarme un poncho, el guarda se quedó con el dinero y no me lo entregó, si pude darle algunos alimentos que no solucionaría la cuestión. Tiempo más tarde regresé por él, con dinero suficiente dispuesto a sacarlo por cualquier precio, y llevarlo a casa, pero no me pudo esperar, murió de pena al poco tiempo de mi paso por Valcheta. (41)

Capítulo Quinto

El incesante murmullo

"Ese murmullo sin término que se llama literatura"
Michel Foucault

De la libreta de apuntes

La verdad es que se miraba muchas veces con recelosa curiosidad el hecho de que tomara notas, y se hacían averiguaciones para determinar sobre qué podía realmente escribirse en ese lugar, porque aunque la inteligencia tehuelche puede comprender que se escriban cartas a amigos o funcionarios, no concibe absolutamente que se lleve un diario; y si algún indio "ignorante" hubiera sospechado que se le iba a poner en letras de molde, no habría sido difícil que en vez de esperar la ocasión de destrozar al libro, se hubiese anticipado a todos los críticos destrozando al autor mismo. (42)

La escritura errabunda es final del viaje físico y comienzo del vagar de la memoria.

Se puede no escribir después de viajar, pero todo camino se abre a la posibilidad de la escritura. Tras la peregrinación se vuelve a la libreta de apuntes, se hurga en el recuerdo y en el campo literario en busca de herramientas idóneas para rescatar los momentos fuertes y transmitir las vivencias y pensamientos que aquellos lugares y el transcurrir evocaban.

Intentará captar el puro acontecer, el inefable momento de asombro, buscará la expresión correcta, la oración armónica, la pausa justa que se detiene en un incidente, en la anécdota, trabajará en el armado del suspenso, la tensión narrativa, en la estructura general, en el montaje del texto. Cada rasgo trazado en cada frase vuelve a revivir el momento de intemperie con sus horizontes inalcanzables, el secreto silencio de las cosas, los dolores físicos, la desesperanza, el impacto emocional ante nuevas como insólitas e inesperadas situaciones y sus sensaciones.

A veces, la escritura es contemporánea al viaje, y otras busca en la cantera de la memoria y en la libreta de apuntes como diario guía del camino.

"Como escribir en el tordo era casi imposible por la curiosidad de las criaturas, que se apiñaban a mi alrededor para hacerme preguntas, por lo general llevaba el cuaderno de apuntes a mi retiro..." (43)

Es así como surge una escritura inclasificable que recorre oblicuamente los saberes y las prácticas: del esbozo biográfico y la antropología al apunte geológico o etnográfico, contará historias que le cuentan, hará geografía descriptiva, zoología y botánica, incurrirá en la paleontología; es una escritura que se interna en terrenos sociológicos, en proyectos económicos y políticos, filosofará en soledad y, a veces, entre líneas, aflorará la confesión íntima bosquejando la psicología.

Pero el viaje sólo terminará cuando se acabe de escribir la última página de la catarsis y se transforme en desahogo, cura y descanso.

El viaje como travesía de la escritura que viene a contarnos cómo nos formamos en tanto país sur y cómo el mismo reviste el carácter de una genealogía: son los gestos fundadores a partir del nombre y de la letra del nombre.

La Letra y el Deseo

Al final, como al comienzo, la letra es inicio y es permanencia. La letra que siendo solo un murmullo, un viento que permanece. Será, al fin, lo único que permanezca. *"Lo que queda lo instauran los poetas"*, sentenciaba Hölderlin.

La literatura es un murmullo que no pretende convertirse en discurso de verdad porque su naturaleza es ficcional, pero que deberíamos tener en cuenta por lo que dice sobre nuestra verdadera realidad. Porque hay un eco de la letra tributario del poder de la escritura. Y si no, ¿sobre qué poder se ha fundamentado el mundo occidental?

Una literatura, un rumor continuo, fluir imaginario que capitaliza vertientes o tradiciones; la que viene o vuelve de la Tierra y la que llega de la Letra. De ambas procedencias se irá edificando este inconcluso murmullo, este decir polifónico que podríamos denominar con cierta largueza, "literatura patagónica".

Y una vez más la imagen del cuerpo, del corpus literario como experiencia que construye un corpus imaginario sobre el que vamos armando nuestra visión de la realidad que consiste en existir en Patagonia.

Experiencia particular y experiencia colectiva e histórica. Cuerpos encarnados en la Mapu del Tehuel, país que se escribe con el lenguaje de los cuerpos.

La palabra, que es, por sobre todo, cuerpo.

La experiencia, un acontecimiento opaco, tan mudo como significativo, un magma de percepciones, de intensidades psicosomáticas donde la letra, que no sustituye a la vida pero la complementa como simulacro, pretende rescatar con su lenguaje la gramática de la experiencia.

Letra y Deseo. Gramática del Deseo. La letra como lugar del deseo. Todo deseo es de una ausencia, de un vacío, una carencia en tanto deseo de otro. El deseo se expresa como metonimia, se oculta o florece en ella, la letra a su vez es simulacro de lo ausente que nombra. La letra hace emerger el deseo en la sustitución, la letra que es metáfora.

Territorio y cuerpo propio o territorio interior, un cuerpo a cuerpo que el lenguaje comenta y un lugar (un aike) donde me hundo y me pierdo. Hundirse y perderse en el aike y en las palabras para que otra vez retornen, nuevas y antiguas, como una mañana, recién pronunciadas y descubiertas.

Escribir, dijimos, es repetir un eco que la propia letra ha generado, un eco de sí misma. Escritura como trazo, marca, huella, moldes narrativos por la que transitará la literatura de este país austral.

Escribir en Patagonia, una suerte de persecución donde se busca y provoca un lenguaje que, estando en las cosas, sin embargo se fuga, obligándoles fatalmente a volver a trazar el signo, la marca, la huella de la escritura como repetición para testimoniar la proeza, pero cada vez como corte, como nuevo comenzar lo antiguo, el viejo ininterrumpido murmullo literario. Reescritura de relectura. Lo mismo diferente, repetición en la diferencia. Un círculo de placentera condena en el goce de escribir y en el placer de leer

Placer y goce para el otro sin el otro, narcisismo puro, puro erotismo y afirmación individual para goce del otro.

La literatura como engranaje de repeticiones, cadena de combinaciones infinitas, de la gramática, del léxico y de los temas, y donde a veces los escenarios y siempre los actores cambian pero el eco de lo vivido permanece como acontecimiento, aquello inasible e indecible que en un tiempo fue para volver a ser repetido, para nunca acabar ni morir, para no morir, porque siempre se está diciendo de nuevo, cada vez que un texto patagónico es leído.

Fronteras

Pero hay un topos y una situación que caracteriza diríamos absolutamente la literatura patagónica y es la que conlleva la idea de **margen**, de **frontera**, la cual, amén de recrear la jurisdicción territorial, el cuerpo del estado nacional, configura un **borde cultural** en la percepción tanto del espacio como de la herencia recibida.

Decimos frontera, parte final, borde o margen desde donde se observa e interpreta la otra parte, el centro, percibiéndoselo como imposición y por ello como exterioridad.

(Frontera es un concepto abarcativo y lábil de lo práctico y de lo imaginativo ya expuesto por el autor en breves ensayos tales como: "*Desde la Diferencia*", "*Ni Política ni Poética*" y "*Escritos al Margen*").

Todo Patagonia, en tanto realidad geográfica es frontera del país político como del país cultural; sólo que este Sur trasciende los estrechos marcos estaduales para convertirse –península austral bioceánica que se ensancha hacia el norte- en inicio de una perspectiva novedosa y singular del mundo. Subrayo "inicio" como comienzo y no "fin", tampoco "confin" como creía el pensamiento exógeno y logocéntrico.

Desde la escritura propiamente dicha, desde los bordes literarios sin una tradición fuerte que la someta a sus leyes, la escritura patagónica se gesta y configura en ese delta proliferante de temáticas y géneros disímiles por provenir de la multiplicidad de enfoques e intenciones y objetivos de quines escriben. Una escritura nómada se pierde en el tiempo y en los pliegues de las pre-ocupaciones. De esa extraterritorialidad literaria, de ese recorrido oblicuo por todas las temáticas saca la literatura patagónica su interés y personalidad.

Segunda Parte

Capítulo Primero La Canción de la Tierra

Sin embargo, antes que la Letra y su Eco, antes que suene y se imponga la escritura, mucho antes, en un infinito tiempo anterior, es decir, en una impensable edad, permaneció el silencio. Nombro al silencio originario, protector y guardián de la palabra, cuna, placenta, silencio madre.

Y del callar antropológico, atento, respetuoso y perplejo, emergerá un día el verbo nombrando el asombro de la vida.

La Palabra no nace para nombrar lo obvio, tampoco para rumorear la cháchara, ni se forma del desperdicio cotidiano; es, en cambio, cifra de la condición humana, brota de los abismos de su inmanencia mágica y chamánica como un nombrar agradecido de la donación y pasa a ser ritual, para comentar y representar el espectáculo del mundo, en el tiempo en que Tierra-Hombre-Cielo eran Uno y uno era Todo.

Si el silencio es el ámbito de la materia, el lenguaje articulado resulta el intento de traducir el mundo prelógico de las cosas y de los cuerpos. El lenguaje, en tanto verbo encarnado, surge como materia hablante en el grito, la onomatopeya y ejecuta un increíble y milagroso salto en la impenetrabilidad de los tiempos.

Del mito

De la percepción holística del mundo antiguo, del animismo naturalista nacerán los mitos, creadores y organizadores de la existencia de los hombres.

El mito es el núcleo auroral de donde crece y se desarrolla la palabra, el ámbito imaginario en el que se despliega la idea caótica que el Antiguo tenía de sí y de su entorno.

El mito es un relato en torno al origen, sea del hombre, del mundo o de los dioses; así es como existen mitos etiológicos, cosmológicos o teogónicos. Un mito es la narración de un acontecimiento arquetípico y ejemplificador realizado por seres extraordinarios: dioses o héroes, donde igualmente coexisten seres fabulosos y en un tiempo primigenio que será considerado como "tiempo sagrado" (Mircea Eliade). El mito tiene una realidad sagrada porque trata de realidades permanentes e inalterables de la condición humana, como la muerte, el amor, el nacimiento, el dolor, el alimento, la reproducción, el trabajo.

El relato mítico nunca fue un mero cuento, una seductora historia fantástica; se trata en cambio de una energética anímica que la comunidad revive como

realidad actual, creando lazos muy fuertes de identidad y unión. De tal manera, los mitos no son sólo patrimonio de culturas "primitivas" son, sin duda, parte dinámica de la realidad humana.

Los mitos apuntan a establecer y construir una identidad. Son certezas de un pasado común y de un destino o futuro también común, compartido. En virtud de ello, la celebración del mito asegura una pertenencia, un lugar común de solidaridades y arraigo.

Debemos entender el mito como potencia cultural imaginativa, movilizadora y aglutinante de una comunidad.

Como mensaje, el mito se transmite y funciona en la oralidad. Oralidad y escritura son relatos irreductibles. En la oralidad está el encuentro, la reunión, la voz y su timbre; los gestos, las pausas, los ritmos, los silencios y los tonos acompañando y enfatizando la coloratura del relato.

"Memoria, transmisión oral, tradición: tales son las condiciones de existencia y supervivencia del mito", escribe el antropólogo Jean Pierre Vernant.

Cada relato es una nueva y distinta manera de decir lo ya dicho. Taumaturgia del orador, magia retórica que subyuga al auditorio haciéndolo partícipe de lo narrado. Podríamos asegurar que cada relato oral es una inédita interpretación de lo conocido.

Del mito al logos

Por su parte, la escritura es hija del *logos*, la racionalidad que separa y analiza el caos atractivo, sensual, englobante del mito. La escritura es la estática de la narración que en la oralidad es variación e improvisación.

El mito, en la oralidad aparece como una realidad que se vive y revive en la cita por el rito o la ceremonia celebratoria; mientras que el mito en el *logos* o discurso, es una realidad que se describe y se interpreta descarnadamente, sin el compromiso vital que la oralidad reclama.

Mithos o narración, *logos* o discurso tienen estructuras y significados distintos, por eso, mientras la escritura parte de una idea, la narración oral nace del subsuelo firme e indubitable de las creencias; surge de vivencias transmitidas vívidamente. La lengua escrita necesita de mediaciones: alfabeto, gramática, análisis y, finalmente, del libro.

De mitos y leyendas del Tehuel

El mundo del mito es el de la magia y de la participación sin mediaciones del Chónék con la naturaleza en un mundo indiferenciado.

Eran -los Tehuelches- sin identidad ni diferencia, dado que ambas figuras psicológicas son producto de un desarraigo, de una extrañeza existencial de parte

del sujeto. Este fenómeno es un hecho histórico, producto del hombre urbano y de la sociedad dividida en clases.

En cambio Ellos –los Antiguos- eran el mundo y el mundo era Ellos, por eso se decían Chónek (Ramón Lista escribe *Tzchon*, a su vez, T. Schmid escribe *Tsoneca* o *Zson*); es decir, el Hombre, concibiéndose centro del mundo y rodeado de las demás parcialidades que componían el Todo que, al pertenecer al mismo, les pertenecía. No es que fueran "dueños", concepto de propiedad que no conocían, sino que eran Parte inescindible del Todo.

Si la oralidad es la matriz del relato y de la escritura, el silencio es el hogar protector de la palabra, de la palabra que no quiere manchar con su sonido la inocencia de las cosas y de los seres. Bien podríamos encontrar en el silencio como escenario preservador de La Lengua y del silencio cósmico, una implícita poética del vacío, del éxtasis ante el misterio, del no nombrar por el oír, de la escucha atenta y del cuidado.

Bien ha escrito Manuel Molina que los tehuelches eran reacios a contar sus mitos: "son celosísimos en su permanente custodia, de modo que no debe llegar nada a oídos de los indiscretos so penas gravísimas, inclusive la muerte". Y cita la experiencia de Papón, informante de Lista, apodado por sus paisanos de *Sherpe* o zorrino, por haber sido éste animalito quien informara a los gigantes enemigos del héroe Elal dónde se encontraba éste. Por haber violado la confidencia, el dios-héroe lo castigó a llevar su hediondez. (44)

La palabra como acto

Entonces, la palabra agradecida, incontaminada aún, se revierte en canto y en danza. Aquí el cuerpo necesita hablar, expresarse, y al danzar, dice en tono menor el léxico terrestre, lo dice en el Choique Purrún al son del Cultrún.

Es cierto, en el principio fue la voz, el canto de la Tierra, gutural, oscura, quejumbrosa, sorprendida. La voz acompañando la danza, evocativa y ritual. Era la piel del mundo la que danzaba y entonaba la invocación.

Una oralidad creadora de mitos y de leyendas. Voz contando el nacimiento de la Tierra y de sus Hijos.

Del acto a la palabra. Los Antiguos del Sur tuvieron en alta estima la palabra. La retórica en los mapuches y araucanos era signo de prestigio y honor. Si el primogénito de un cacique no sabía arengar y persuadir a su gente, era excluido de la sucesión paterna. "*El Nguempín, "dueño de la palabra", desempeñaba funciones sacerdotales en las rogativas, pero también las de orador y poeta. Era el archivo oral de los hechos de la raza"*. (45)

La palabra como acto. De hace más de cien siglos, un arborescente coro de manos nos hablan en el río Pinturas, en el Bajo Walicho, en Güer Aike, en El Manzanito, en Vaca Mala, en Arroyo Lechuza, en el Lago Puelo, en la Punta del Lago Viedma, en el Lago Strobel y Cañadón Sandoval, en Cerro del Indio, en Los Toldos y en tantos recónditos lugares patagónicos donde exorcizaban sus miedos y convocaban el Deseo. Casimiro Biguá decía a Musters que las pictografías eran obra de un espíritu de la noche. Para nosotros, de la noche de los tiempos y de la memoria del Tchon.

Pictografías rituales, grafismos arcaicos convocando el alimento y el vestido, llamando al calor. Pinturas rupestres, rogativas ancestrales de los Antiguos, padres de los Tehuelches. Epifanías de la vida y del arte. Gestos, colores y formas que vehiculizaron un significado holístico que se nos escurre.

La voz de la Tierra

La voz y la danza. Y cuando canta el hombre, suena el cultrún, sístole y diástole de la inmensidad y del tiempo. Geografía y cultura, geografía de una cultura.

Voz del cultrún sonando a corazón oculto, lento, cadencioso y grave, monótono, sordo, opaco; sonido que emana del cuero del animal. La mano soleada y terrosa que insiste sobre el parche pardo y tenso en el cual hay pintado en negro, líneas que se cruzan en las cuatro direcciones del país y en cuyos extremos y sin salirse de la circunferencia cultrunera que simboliza la Mapu o el mismo Cosmos, se diversifican las líneas formando un delta, una trilogía que tal vez sea la misma Pata de Avestruz que brilla en el negro cielo austral.

Es, sin duda, la voz de la Tierra la que se escucha. La mano terrosa del nativo percutiendo cueros. Cuero con piel en un piel a piel de la Vida. Cuerpo sobre cuerpo, coito primordial y sagrado sonando sin disonancia que gesta con su canto y las sagradas trutruacas y pifülcas un clímax ritual en el choique pürrun o loncomeo, simulando el andar de los seres terrestres, el movimiento ligero del avestruz, el gracioso del tero, el sonido subterráneo del tucu tucu, el vuelo del águila, hijos todos del viento y de la Tierra. (46)

"La orquesta consistía en un tambor hecho de un pedazo de cuero estirado sobre una vasija y de una especie de instrumento de viento formado con un fémur de guanaco agujereado, que se coloca en la boca y se toca con los dedos o con un arco corto de crin de caballo. Cuando todo estuvo listo, y mientras varias de las viejas cantaban en su estilo melodioso, la banda empezó, y cuatro indios embozados en frazadas de tal modo que sólo se les veía los ojos, y con la cabeza adornada de plumas de avestruz, entraron marchando en el círculo y se pusieron a dar vueltas lentamente alrededor del fuego, al compás de la música. Después de dos o tres paseos, el tiempo empezó a acelerarse gradualmente hasta que los hombres tomaron una especie de trote; y, como a la quinta vuelta, bailando rápidamente, siempre a compás de la música, arrojaron sus mantas y aparecieron acicalados de pintura blanca con la que se habían pintado todo el cuerpo y provistos de un cinturón de campanillas atravesado desde el hombro hasta la cadera, que sonaba acompañando sus danzas. Los cuatro primeros eran los jefes Casimiro, Orkeke, Crime y Camilo, que, después de bailar con grandes gesticulaciones, tratando de no pisar el fuego e inclinando grotescamente a uno y otro lado sus emplumadas cabezas, a los sonos del tambor, se retiraron por breve tiempo a descansar, para volver a aparecer luego y bailar una danza diferente. Cuando ésta hubo concluido, se presentaron otros cuatro, y así sucesivamente hasta que no quedó uno que no se hubiera divertido, inclusive los muchachos. (...) El baile estaba estrictamente limitado a los hombres; a las mujeres sólo se les permitía mirar". (47)

Siempre, entonces, mucho antes de la letra, estará la voz; a raíz de ello, la voz testimonia la prehistoria de la escritura. Entonces, antes que la Historia (la

Historia es tal por ser memoria escrita. La Historia es escritura del pasado), están los mitos; el epos que hace recordar, cantar y danzar a los hombres para tejer lazos comunes de solidaridad y pertenencia.

Reunirse, cantar, danzar para difundir acerca de sus orígenes y de sus héroes; en especial de Elal, el que enseñó al Tchon a cazar y a protegerse de los helados vientos, de la tétrica y blanca nieve; a recoger los frutos de la Ñuque Mapu (Madre Tierra).

Hubo un tiempo primordial, en que Tchon y Mapu eran una sola gran comunidad. Sin embargo, la llegada de otros hombres destinados a dominar, quebrará de manera irreparable esa religación, el flujo de comuniones que componía la cultura holística del Tehuel.

Cuando la invasora civilización del Libro choca con las culturas de la Tierra, provocará la destrucción de éstas, sustituyéndolas por un sistema espiritualista, culposo, negador y mutilador del cuerpo y, por extensión, de la misma naturaleza, reconvirtiendo por la fuerza a los sobrevivientes a la nueva e implacable fe. Será el Espíritu abatiéndose sobre la carne; el espíritu descarnado sobre la piel de la Tierra, la absoluta, soberbia, unitaria trascendencia aplastando el dragón de la inmanencia y la multiplicidad.

Al descubrir la civilización letrada la fantástica oralidad de los pueblos de Abya Yala (48), traducen el imaginario autóctono a su lenguaje escrito, contaminando y desnaturalizando a aquel con su lógica analítica y su filosofía dualista.

Con buen criterio ha escrito William M. Hughes: *"...una dificultad para conocer su idioma y su modo original de pensar fue que estaban habituados al castellano, el que necesariamente había impresionado y en cierto modo modificado su memoria primitiva de pensar y debido a ello también a su idioma"* (49)

Toda tradición que de los antiguos pueblos autóctonos hoy consumimos: ¿hasta qué punto no es más que la imagen deslucida y anémica del canto y del asombro primigenio? Y lo que nos queda, ¿hasta qué punto nos queda el sonido ya sin furia del nativo, el grito quejumbroso del vencido en lugar del festivo del cazador certero e impiadoso?

Dada la derrota, la humillación y la muerte; la dignidad de la raza vencida se refugiará en un hondo mutismo para preservar La Lengua de cualquier contaminación y su falso empleo. Hemos mencionado la situación de Papón, informante de Lista.

"Hay -dice un estudioso-, entre los aborígenes, un hermetismo tradicional que ha sido motivado y mantenido por la actitud de algunos blancos desaprensivos, que se han burlado de las características con que las ceremonias son presentadas. Solamente los muy amigos del indígena, entre los que me cuento, logran ser invitados a acercarse a las mismas. (50)

Cuando la voz de la Tierra calló, se escuchó el silencio del oprimido.

Una lengua utilitaria e impúdica silencia la otra lengua, y esa lengua, la humillada y crucificada, intentará su resurrección en los antropólogos, etnólogos y lingüistas del siglo XX y, posteriormente, en los poetas y músicos seducidos por la sintaxis y modulaciones guturales y telúricas perdidas. Y otra vez, el eterno retorno de la letra, y con ella de la lengua, y con ella de la Palabra, que sólo podrá ser la de los trabajos y los días del hombre sin atributos. Es y será la palabra poética.

Un mundo sin Dios

En virtud del fuerte impacto de aculturación sufrido por estos pueblos y la consecuente influencia en su propio imaginario de las interpretaciones y sentidos elaborados por la civilización de la cruz –por honesto y sincero que fuera el investigador-, nada de lo que hoy conocemos como leyendas, relatos, supersticiones y mitos de la cultura de los pueblos autóctonos del sur, podría ser tomado como elemento primigenio, como directa narración nativa pura e incontaminada.

Por lo tanto; ¿deberíamos creer a Ramón Lista, primer y honesto recopilador del folclore patagónico cuando habla de la "religión" de los Tzonecas?

Más que de pensamiento o concepción religiosa (una religión, al igual que un Estado, supone una sociedad jerarquizada, supone división y lucha de clases, supone, en suma, una comunidad dividida por intereses económicos y sociales privados), deberíamos hablar de pensamiento mágico y mítico que son los embriones de toda argumentación religiosa. Además, siempre se lee las costumbres del Otro diferente desde la perspectiva, los valores y paradigmas del invasor dominante. Se busca, para un fenómeno ideológico con un nivel de evolución poco desarrollado, similitudes con religiones muy desarrolladas en la especulación metafísica y en la complejidad y refinamiento estético de sus ritos.

Es cierto que Ramón Lista (1894) no fue el único ni el primero que se interesó por las creencias de los antiguos patagones, D'Orbigny, Schmid, Hutizcke, Bridge, estuvieron antes que el argentino, sin embargo, quien tuvo el interés etnológico por transmitir el corpus de creencias de los Tzonecas –como él escribía- fue un primer como tardío interés, ya que, cuando el investigador actúa, el genocidio contra el habitante autóctono de Patagonia se había consumado.

Si todo dogma religioso es cristalización de lo sagrado que impone una distancia alienante de orden, de obediencia y disciplina; que prescribe el crimen y el castigo, lo bueno, lo malo, el pecado o la salvación. Si todo dogma es un discurso de dominio y de poder; el Antiguo no tenía ni dogmas ni religión, como bien lo expusieron viajeros dignos de confianza. Al no tener religión, no impusieron condiciones a sus semejantes, dado que toda religión es un juicio más que sobre la divinidad, sobre la moral humana arropada de preceptos metafísicos. Sí, en cambio, sufrieron el dominio cuando les llegó ese inaudito Dios adusto, único, absoluto, autoritario y retórico; escrito y nombrado. Con él les llegó la Muerte, también única, autoritaria y violenta, a imagen y semejanza de ese ser inaccesible e inimaginable.

Decía que aquellos estudiosos viajeros que de alguna manera intimaron con los patagones: Viedma, Schmid, Musters, Fitz Roy y otros, coinciden en admitir que el hombre del Sur no adoraba divinidades, no rendían tributo a ningún panteón de seres mitológicos, ni se complicaban en ritos que convocasen a aquellos.

"Su religión viene á ser solamente una especie de creencia en dos potencias: la una benigna que solo gobierna el cielo, independiente y sin poderío en la tierra y sus habitantes, de la cual hacen muy poco caso; y la otra á un tiempo benigna y rigurosa, la cual gobierna la tierra, dirige, castiga y premia á sus habitantes, y á esta adoran bajo cualquiera figura que fabrican , ó que se hayan hallado en las playas, procedidas de algunos navíos naufragos; como son mascarones de proa, ó figuras de las aletas de popa, y estas son las que estiman y prefieren para sus

cultos por suponerlas aparecidas. A esta deidad dan por nombre Camalásque, que equivale á "poderoso y valiente". Escribe en 1783 Antonio de Viedma para referirse a los aborígenes de territorio de Santa Cruz.

A su vez, el misionero Theófilo Schmid anota en su diario de 1861:

"Salí esta tarde, con Casimiro, para visitar a un anciano ciego. Allí supe que entre los patagones existe la creencia en un Ser Supremo, al que llaman "Hela" (Helal, anota Milciades Vignati) y está casado con la hija del sol. Parece, sin embargo, que tal creencia sólo es compartida por algunos, pues la mayoría no se preocupa por cosas invisibles. No consigo descubrir entre ellos un solo acto que pueda asimilarse a un verdadero culto, a excepción, quizá de una costumbre observada por unos pocos, de golpearse la coronilla con las manos cuando el fuego chisporroteaba ruidosamente; dicen, entonces, que el Dios está hablando". (51)

"Estos indios –dice Fitz Roy refiriéndose a los fueguinos- no están ciertamente exentos de ideas sobre una existencia espiritual y sobre presencias benéficas y malignas, pero jamás presencié ni oí acto alguno de carácter decididamente religioso, ni menos pude convencerme de que tuvieran idea alguna de la inmortalidad del alma". (52)

Y para no cansar con citas termino remitiéndome a Gregorio Álvarez quien se remite a Juan Benigar ("La religión araucana"):

"La desesperante vaguedad de la idea de Günechén (Dios o Ser Supremo) permítame suponer que se trata de una designación moderna, forjada bajo la influencia del cristianismo. No se ha fijado la concepción que representa, simplemente porque carece de función imprescindible en el lenguaje religioso de los indios". (53)

Las creencias del tehuel están ligadas a principios cósmicos y a entidades funcionales ante que a entidades abstractas. Tanto Elal aquí en el Sur, como Viracocha entre los incas o Quetzacoalt con los mexicas, son divinidades de la vida, dioses solares al igual que Dionisos o Mitra, siempre renacidos para dar al hombre sus destrezas y su sabiduría. No se los podría concebir como seres sufrientes, ni amargos, ni rogantes, tampoco predicaron la culpa que humilla al ser. Son, en cambio, seres trágicos y devinientes para afirmar a los hombres del cuidado, de la cura que se deben a sí mismos, de la propia construcción que debe hacer el mortal de sí en tanto ser inmanente, ser-de-la-Tierra, su único e insustituible hogar, su aike (o kaike), su paradero; el ic et nunc donde desplegará las propias habilidades demiúrgicas.

No sólo la ausencia de un imaginario religioso tal como el hombre moderno lo concibe, también al tehuelche se le perdía en la bruma de los tiempos sus propias tradiciones. Leamos lo que escribe un testigo irrefutable:

"Casimiro me informó que en el tiempo antiguo los viejos acostumbraban cantar las tradiciones de la tribu y también una especie de plegaria. Es muy de sentir que esta costumbre hay caído en desuso. Varias veces traté de obtener informaciones sobre sus antepasados, pero todos mis esfuerzos fueron infructuosos. Cuando les preguntaba cómo habían viajado sus tribus antes que se introdujeran caballos en el país no podían concebir que ese estado de cosas hubiera existido alguna vez" (Musters).

Capítulo Segundo

La novela del Estado Nacional

*"El Estado construye ficciones...
una serie de narraciones para ocultar la violencia de los cuerpos"*
Ricardo Piglia

A partir del siglo XIX, la literatura científica y pseudo científica, con su voz imperturbable y neutra, terminará por fabricar la novela del país positivista, terrateniente y especulador. A su vez, la literatura propiamente dicha (pero habrá que esperar un avanzado siglo XX para su aparición), nos comentará del país que no fue. La literatura, para desarmar y desmontar el relato encubridor del poder.

La novela del Estado es la letra del poder y de su representación; por su parte, el relato (¿hasta qué punto es *relato* y no también *novela*?) de la sociedad civil lo será acerca de la constitución de su identidad en el espacio ganado por el Estado en su expansión geopolítica.

Nadie duda de la posición hegemónica del discurso estatal sobre los particulares y el colectivo social, el que ha dado lugar a la construcción de la llamada "identidad nacional". De tal forma, el memorando estatal se ha convertido en Historia, al sobreponerse y hacer acallar las memorias particulares, al ejercer el dominio sobre el colectivo e imponer su propio discurso como único discurso de verdad.

Confirmada la integración de la región patagónica a la nación argentina, la escritura científica, en todas sus ramas, se desbordará a lo largo y ancho del territorio recientemente conquistado. Es el momento del dominio total y por ello se hará necesario e imprescindible obtener la mayor cantidad de datos a los efectos de saber con qué tipo de territorio hay que contar para desplegar las políticas del estado capitalista y terrateniente o industrializador; dos enfoques económicos contrapuestos y en tensión manifestados en la primera presidencia de Roca.

Claro exponente de lo que afirmamos es el "Informe oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (1881)" documento donde figuran como colaboradores del avance de las fuerzas: Adolfo Doering, Carlos Berg y Eduardo Holmberg. Lectura del espacio efectuada por el pragmatismo utilitario de la generación del ochenta.

Son discursos de verdad y voluntad los que constituyen los informes: diarios de viaje, memoriales, historia, etnografía, antropología, topografía, zoología, geografía, una rigurosa episteme sólo posible cuando aquello sobre lo que se escribe o estudia es objeto, "cosa", materia muerta. Ciencia de la tierra, taxinomia de la vida, de las plantas, de los cuerpos y gramática del poder que opera y disecciona sobre elementos estáticos, secos y muertos, conformando discursos necrológicos propios de la cultura occidental colonialista.

Sociedad y Estado

Los exploradores argentinos, en especial aquellos de la Generación del Ochoenta, quienes, obedeciendo a la pragmática política gobernante y ejecutando órdenes y disposiciones, orientaciones y leyes; ejecutarán el texto de la acción conquistadora y colonizadora. Acción que engarza los eslabones de una cadena de acciones enfocadas en el viajar, explorar, clasificar, informar o destruir, que predispone a ejecutar una letra (órdenes, disposiciones, reglamentos, leyes), sobre el cuerpo objetivo territorial y el cuerpo subjetivo del nativo.

En este indispensable rittornello de lo escrito a lo actual y de lo actual a lo escrito, comprobaremos cómo irá formándose el cuerpo imaginario argentino sobre Patagonia y el imaginario patagónico propiamente dicho sobre sí mismo.

Viajeros y exploradores entonces; si bien los argentinos fueron los últimos en aparecer en la escena patagónica para declamar la soberanía, quienes lo precedieron siempre serán extranjeros.

Ellos, los viajeros, genéricamente hablando, fueron quienes, con o sin programa oficial, imprimieron con sus cuerpos la novela del país austral.

En la letra de los exploradores y andariegos de distintos signos e intenciones, hay, primero, un "discurso de la acción", de doble interpretación: el de la acción propiamente dicha, es decir; el relato del viaje, el que efectúa el cuerpo del viajero, relato de la subjetividad que elabora una experiencia; y relato de la acción del discurso, de los textos describiendo aquella subjetividad expresada en la experiencia de la escritura. Y un segundo discurso, compuesto uno, por los "representantes" del expansionista Estado Nacional, y otro, el que produce la sociedad civil.

Hay un momento excepcional en la historia del Sur que describe lo que acabo de expresar.

En la expedición de 1885 llevada a cabo por la Compañía de Rifleros del Chubut se escribirán dos relatos: el público u oficial, y el privado. El primero efectuado por el primer Gobernador del Chubut, Luis Jorge Fontana, y un segundo que expondrá John Murray Thomas (entre otros) comandante de la expedición aludida.

Dos textos que son los respectivos "*Diarios*" de la expedición.

El viaje exploratorio tiene dos versiones, dos miradas sobre lo mismo. Hay sí una misma intención: testimoniar el acontecimiento y además una voluntad, un mismo ímpetu, una comunidad de ideales matizados desde las respectivas subjetividades, intereses y expectativas individuales.

Tenemos entonces: un proyecto político estatal y un proyecto de la sociedad civil. Un programa vertical y otro de la propia comunidad movilizándose en pos de sus específicos intereses. Este movimiento de auto organización como fue el caso de los galeses del Chubut, no armonizaba del todo con los intereses del Estado Nacional, por restarle a éste capacidad de decidir sobre los particulares, quedando todo el protagonismo librado a manos de los colonos.

Tenemos aquí definidamente expuestos dos modelos políticos: por una parte, la autoridad única, el poder unificado y centralizado elaborado por el roquismo; por otro, el sistema democrático mutualista y cooperativo.

De hecho, el sistema de organización social de los galeses del Chubut revela un alto grado de participación democrática, que el estado nacional argentino, de estructura verticalista y tendencia conservadora en lo social, no estaba dispuesto a aceptar, si bien admitía a regañadientes.

Dos ideas y dos proyectos de país: el de la legalidad estatal expropiadora, y el de los pioneros fundadores de la sociedad libre, de los hombres asociados en torno a un objetivo participado. Ambos proyectos son imágenes de un capitalismo progresivo y en ascenso.

La expedición de la Compañía de los Rifleros del Chubut nos muestra dispares perspectivas en su momento complementarias pero que acabarán siendo, con el correr del tiempo, antagónicas.

Hemos señalado un marco histórico generacional que en ese momento establece una identidad común entre ambos intereses y sus acciones, una solidaridad equidistante entre lo estatal y lo particular, una voluntad por expandirse y fortalecerse tanto como Estado, como grupo fundacional.

Hacia una literatura patagónica

Hay una pregunta que no precisa ser contestada sino debatida, una pregunta que surge como consecuencia lógica de "el eco de la letra", de nuestra propia genealogía.

Insisto en lo ya expuesto. Este país-sur no se construyó a partir de lo que se vio, sino de lo que se creyó ver, no se hizo a partir de lo vivido sino de lo imaginado. La realidad patagónica se realizó desde lo que se dijo y se escribió como repetición interminable, a partir de la letra, no de la sangre, y, como "la letra con sangre entra", la realidad construida, impuesta y legalizada será aquella que gritarán los textos. Letra ordenadora que supo anular el argumento tenaz de todo pre-texto, la porfía de lo pre-dicible; y sabido es que toda civilización se erige sobre los despojos y la represión de los cuerpos.

Mencionamos la escritura de viajeros y exploradores y sus lecturas contaminadas por el virus de la razón práctica y utilitaria. Lecturas de lecturas, escritos y reescritos sobre los que se dibujará el palimpsesto patagónico; círculo de la letra que se completa como espiral interminable que llega a hoy y nos atraviesa de inquietud de viajar y de lectura nómada y peregrina. Andar para escribir, para releer, para volver a partir. Escribir para andar y así, interminablemente, ellos antes, nosotros ahora y los que nos seguirán repitiendo como un rito la voluntad de descifran el mismo lugar y el tiempo distinto que nos toca en suerte.

Habrás así, primeras generaciones de diarios, crónicas, relaciones, informes, memorias, anales, historias, comentarios, genealogías, efemérides, clasificaciones, cartografías, que pasan a nuevos informes, memorias, diarios, descripciones, minuciosas taxinomias que revelan un orden racional y acotado, las que a su vez se vuelcan en diarios de viaje, artículos periodísticos, en biografías y crónicas y, sólo después, en una narrativa ficcional que tratará de integrar lo que el discurso formal, obligado y científico no supo o no pudo incluir. En suma, una escritura identificada con un macro proyecto de carácter "nacional".

Sin embargo, encontramos en la literatura decimonónica, atisbos de la vida no dicha que, de cualquier manera, aflora tenaz como la hierba en el muro.

Tras las asombradas páginas de taxinomias y enumeraciones de viajeros científicos, el periodismo de fines y comienzos de siglo XX, se lanza rampante a describir deslumbrado los inéditos paisajes que lo hipnotizan, atreviéndose, ya más suelto (recordemos que se vive el pleno florecimiento del modernismo en las letras) a bosquejar tipos psicológicos: Roberto Payró en *"La Australia Argentina"* y José Álvarez (Fray Mocho) *"En el Mar Austral"*; especialmente éste último se detiene en los personajes olvidados del perdido sur: loberos, buscadores de oro, peones de campo, marineros, gente y aventureros de toda ralea habitando y sufriendo los rigores de los infinitos espacios conquistados para el Estado argentino.

Tanto Payró como Álvarez no escatiman críticas a las injustas condiciones en que deben vivir y desenvolver sus vidas los pobladores...

Pese al asomo crítico, estos escritores "porteños" que escriben entre dos siglos, continúan la tradición del visitante foráneo que mira estas latitudes de paso, con la mirada del conquistador o del turista, aún no es la letra rumiada por el propio poblador patagónico, que lleva la carga de su experiencia de días y años, del que ha vivido el ciclo de sus estaciones, los trabajos, los duelos del amor, las púas de la muerte, el desborde de infidelidades y desprecios, de complicidades, olvidos y fracasos con un fondo de paisajes tan majestuosos como impiadosos.

Esta escritura recién la encontraremos en Andrea Madsen, Emilio Ferro, Ascencio Abeijón, y, por supuesto, en los galeses Lewis Jones, Abraham Matthews, John Daniel Evans, entre otros, y de los que fueron no hace mucho apareciendo sus recuerdos y memorias. Estos cronistas escriben en la tierra fronteriza de la literatura, donde ésta aún no termina de ser historia apologética pero aún no es tampoco ficción propiamente dicha; una escritura donde la literatura aún, todavía, no es literatura.

Las narraciones de los viajeros irán perfilando el ciclo novelesco de los orígenes y una genealogía identitaria sin clarines ni pasos redoblados, sin gestos barrocos, ni infalibles estadistas, ni frases célebres, ni banderas desplegadas. Aquí, en este país sur, si hubo retórica y lo hiperbólico estará en los hechos y, por sobre todo, en la acción silenciosa del anonimato.

Como hemos expresado, hubo una ficción originaria, un período de narraciones que se encargan de metamorfosearse en mitos: el bárbaro primitivo, el cavernícola, el patagón. Seres de un submundo que hay que civilizar o hacer desaparecer ya que se trataría de un bestiario inclasificable que ocupan el "desierto", molestando a la explotación y a la colonización.

De la ficción narrativa elaborada a partir de lo imaginado, y no sólo en la letra sino también en las narraciones orales que dieron fuerza y color al relato originario, emanará una praxis coherente con aquella; praxis política-económica dinamizada a partir de una suerte de consigna bíblica: la "tierra prometida" a la que hay que conquistar y... depredar.

Entonces: sobre el Deseo del dominador se irá construyendo el imaginario sureño.

Primero será un Deseo utópico y salvacionista; pasado aquel, el Deseo se volvió deseo explotador, extractivo; y sin embargo, la idea, la imagen de Patagonia "reserva", "patio trasero" de la semicolonias argentina, perdura aún hoy, siglo veintiuno; aún nos hallamos en el territorio ideológico que se vanagloria de los

exotismos del país trasero y que nos recuerda aquella ridícula frase de una madama de un salón de París, citada –por supuesto en francés- por el general Mansilla: "Cómo será de hermoso con sus plumas".

¿Hay una literatura patagónica?

*"Lo más importante...no es saber cuándo la literatura brasileña
se convierte en brasileña
sino cuándo alcanza a ser una literatura"*
Antonio Cándido.

Si sustituimos la palabra "brasileña" del crítico por "patagónica", nos ahorraría muchas y tediosas explicaciones.

Pero valgan dos o tres ideas al respecto dado que: ¿qué es lo que se pregunta cuando nos preguntamos si una literatura es argentina, del noroeste, de la Mesopotamia, de Uruguay o de España? Es decir; ¿qué interés tiene esa pregunta? ¿definir una identidad "nacional"? ¿la lengua de un pueblo? ¿o simplemente expresar desde un topos, fatalmente geográfico, una idiosincrasia, sin querer expresar una idiosincrasia?

Está claro, y la historia de la literatura mundial ha dado inúmeros ejemplos de ello, que el origen nacional de un autor es indiferente a la definición "nacional" o regional de una literatura. Lautremont reviste en la historia de la literatura francesa habiendo nacido en Montevideo. El escritor polaco Joseph Conrad figura en la literatura inglesa de la misma manera que el rumano Ionesco en el teatro francés. ¿Debería acaso figurar Augusto Guinnar en la literatura francesa o John Burne en la norteamericana? ¿"Los hijos del Capitán Grant", y "El faro del fin del mundo", deberían considerarse novelas patagónicas? Cortázar escribe en París novelas y cuentos argentinos. Guillermo Enrique Hudson, escribe en un impecable inglés – según Borges- páginas insustituibles para una antología literaria patagónica. Y Witold Gombrowitz, ¿no es un escritor argentino?

Rodolfo Walsh nació en Choele Choel; ¿hay acaso alguna imagen, una metáfora en sus cuentos que se detenga en su lugar natal?; pero Osvaldo Soriano, que nació y vivió su juventud en este país austral, no podría faltar en nuestra literatura.

Aparecida la literatura de ficción, ya en pleno siglo XX, sea novela, cuento, recatada poesía, géneros que se ocuparán en resaltar los valores humanos y la capacidad del nuevo habitante patagón producto de la colonización. Me refiero a los pioneros, gente humilde convertida en héroes por la ficción.

Compensación y apología evidencian por contraste la ausencia de un pensamiento crítico, ausencia y déficit de una ficción crítica.

En suma, lo que ha estado ausente ha sido el arte de narrar, ya que una obra literaria es tal, cuando, además de tener en cuenta como presupuesto de su expresión a un lector, desarrolla un estilo y se presenta a la vez, o tal vez por esas mismas condiciones, en obra de lenguaje, es decir: cuando es el lenguaje el principal sujeto de la escritura.

Mencionábamos la primera literatura patagónica: crónicas, recuerdos, memorias, diarios, los cuales, si bien es literatura en un sentido genérico, resultan textos marginales al género literario propiamente dicho, y que, algunas páginas alcanzarían hasta buena literatura.

Literatura del margen cultural, letras de límites, trazos periféricos tatuados sobre el sacrificio de los cuerpos. Escritos fuera del círculo áulico y propagandístico de la cultura nacional, de su gran producción, de su distribución y consumo. En definitiva, literatura subalterna y subestimada, alejada de cualquier canon, cuando no directamente omitida y definitivamente olvidada.

A partir de la década de los setenta –del siglo XX– en Patagonia accedemos a aquello que J. Lacán definió como *"la verdad tiene estructura de ficción"*.

Sin embargo, habría antecedentes de esta ficción verdad o ficción crítica que reclamamos de la literatura propiamente dicha como signo de madurez. En *"Lago Argentino"* de José Goyanarte (1946) o en los cuentos de *"Setenta veces siete"* de Dalmiro Saenz (1957) y también en David Viñas con *"Los Dueños de la tierra"* (1959); podemos encontrarnos con la descripción de un mundo que poco y nada tiene que ver con la novela del Estado ni con la autoapologética memoriosa del pionero y sus crónicas.

Creo que la experiencia estética del boom latinoamericano de los años 60/70, permitió un viraje en la manera de escribir y de pensar la literatura y de practicar el oficio de escribir. El conocimiento de los autores de ese movimiento literario y la problemática estética correspondiente, pero además, después de la corriente lingüística y de los enfoques teóricos del estructuralismo, ya no es posible ser ingenuo en literatura.

Lo que aún resuena aquí, es el Eco de la Tierra. Un rumor recreado en leyendas, en cuentos y narraciones. Todo un corpus imaginativo que constituye hoy por hoy el sustrato de la literatura de la poesía y del arte que se produce en Patagonia.

Así es cómo devienen en el país austral dos tradiciones: la de la Letra, iniciada por los viajeros, y la de la Tierra, inmemorial y calladamente sonora. Ambas, sufrieron variaciones con el transcurrir del tiempo humano. La que llegó del agua se asimiló al paisaje inefable del vasto sur, la variedad infinita de sus ciclos. Por su parte, el imaginario oral primero, escrito luego, el que viene del fondo de los tiempos, ha dejado la impronta del choque y su aculturación. Sobre esa doble raíz se escribe hoy en la región.

Tales resultan los suelos y subsuelos de nuestro escribir. Aunque otras son las circunstancias y los tiempos, como otras son las personas que elaboran el imaginario austral, otros son los bardos y el canto de nuestra tribu nombrando lo mismo.

Salida

Dejaría aquí concluido este ensayo que por alguna razón o intención he definido como primera parte, la cual de hecho está convocando a su continuación.

La idea primaria, la que fuera enunciada al comienzo: *Patagonia como invención de la letra*, provocó distintos tópicos literarios señalados en el viaje, la experiencia del mismo, la escritura del y sobre el cuerpo (cuerpo de la geo y cuerpo psicosomático) recorrido como repetición y simultáneamente como diferencia; que en la letra de los viajeros, la repetición no es mera copia ni imitación sino un nombrar otro desde otro lugar y otro tiempo. Son tópicos o imágenes que el espejo de la letra reflejaría.

El viaje y su escritura pero igualmente, la escritura como provocación, como camino hacia el imaginario patagón. Una letra que deja huellas ramificadas y abiertas a las más variadas preocupaciones del conocimiento y la acción, del ser y del saber. Escritos atravesando problemáticas heterogéneas, cruces de fronteras temáticas, mezcla de géneros componen el mosaico de la percepción y concepción del Sur, asomándose en cada uno de los relatos el hecho literario en sí mismo, la elección de metáforas adecuadas, la construcción oracional, la ruptura de la línea del relato por digresiones, explicaciones, definiciones, y también, el relato dentro del relato de leyendas, mitos, anecdotario, la presentación y desenvolvimiento de personajes que, para gloria de nuestro imaginario, fueron de carne y hueso.

Una escritura de la Diferencia y desde ella, una escritura otra, incomparable, que bien podría valer como *introducción a las letras del país del Sur*.

En suma, he señalado por lo menos tres momentos (quizá debería decir) tres lecturas de otros tantos escritos que dieron nombre, imagen y realidad a este vasto territorio austral.

Escrituras de lecturas y experiencias, las que a partir de tales se piensa la Patagonia, se la concibe, se la habita, se la explota.

Estos escritos fundadores fueron (entre otros):

Viaje en torno al globo de Antonio Pigafetta, fechado en Venecia en 1536, que dará el nombre al País.

Descripción de la Patagonia de Tomas Falkner, escrito en 1774, lectura que provocará la colonización.

Vida entre los patagones de George Chaworth Musters, fechado en Londres en 1871. Sobre sus páginas los argentinos iniciarán definitivamente la total exploración del territorio.

Es cierto que en medio habrán otros itinerarios, escritos no menos importantes como los de Viedma, Fitz Roy, Charles Darwin, o Pedro de Angelis (54), Th. Schmid, entre otros pero en el presente ensayo sólo intenté demostrar con unos pocos ejemplos el origen literario de nuestro imaginario

Comodoro Rivadavia 2001

Notas

- 1.- CASTORIADIS, Cornelius: La Institución Imaginaria de la Sociedad. Vol. 2 El imaginario social y la institución. Tusquets Editores Bs.As.1993.
- 2.- "Hacer la genealogía de los valores, de la moral, del ascetismo, del conocimiento, no será por tanto partir a la búsqueda de su "origen", minusvalorando como inaccesibles todos los episodios de la historia; será por el contrario ocuparse de las meticulosidades y en los azares de los comienzos; prestar una escrupulosa atención a su derrisoria malevolencia; prestarse a verlas surgir quitadas las máscaras, con el rostro del otro no tener pudor para ir a buscarlas allí donde están -"revolviendo los bajos fondos"... El genealogista necesita de la historia para con conjurar la quimera del origen un poco como el buen filósofo tiene necesidad del médico para conjurar la sombra del alma. (...) el genealogista parte a la búsqueda del comienzo... innombrable que dejan esa sospecha de color, esta marca casi borrada que no sabría engañar a un ojo un poco histórico." Michael FOUCAULT: "Microfísica del Poder". Ed. La Piqueta. 1992
- 3.- GANDIA, Enrique de: La Ciudad de los Césares (Separata de Anales del Museo de la Patagonia. Tomo I) 1945. v.a.: KOESSLER-ILG, Berta: Tradiciones Araucanas Tomo I Universidad Nacional de la Plata. 1962.
- 4.- "Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles;"CERVANTES SAAVEDRA: El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Capítulo I.
- 5.- PIGAFETTA, Antonio: Primer viaje en torno al globo. Espasa Calpe 1943.
- 6.- La tesis de Lidia fue expuesta en 1952, en la Hispanic Review de la Universidad de Pennsylvania, Filadelfia, titulada: "Para la toponimia argentina: Patagonia" La misma si bien muy sintetizada será difundida en la revista Argentina Austral en el número 263 pp.14/15 año 1953 y con posterioridad, en: "El cuento popular" Losada 1976.
- 7.- GONZALEZ, Javier Roberto: Patagonia-Patagones: Orígenes novelescos del nombre Subsecretaría de Cultura Provincia del Chubut 1999 v. a.: Gonzalo Porto Bompiani: Diccionario Literario T. VI p.644 Montaner y Simón.1959.
- 8.- LEONARD, Irving: Los Libros del Conquistador. F.C.E. 1953
- 9.- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: Orígenes de la Novela. Tomo I cap.V Emecé 1945 Buenos Aires.
- 10.- GONZALEZ, Javier R.: id .Por no existir en castellano una versión actualizada de la obra en cuestión he seguido el excelente trabajo de exégesis de este autor.
- 11.- PIGAFETTA, A.: Id.
- 12.- VIEDMA, Antonio de: Diario de Antonio de Viedma. Municipalidad de Puerto San Julián 1980.
- 13.- PRIEGUE, Celia Nancy: La Información etnográfica de los Patagones del siglo XVIII. Buenos Aires 1971.

- 14.- MUSTERS, George Chaworth: Vida entre los Patagones. pp.219-222 El Elefante Blanco. Bs.As.2000
- 15.- SCHMID, Teófilo: Misionando por Patagonia Austral.1858-1865 Usos y costumbres de los indios patagones. A.N.H. 1964.
- 16.- MATTHEWS, Abraham: Crónica de la Colonia Galesa de la Patagonia. p.35 Ed. Asociación San David. El Regional. Trelew 1975
- 17.- MARTINEZ SARASOLA, Carlos: Nuestros Paisanos los Indios. Cap.V p.276 Emecé Bs.As.1996.
- 18.- INFORME Oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia) realizada en los meses de abril, mayo y junio 1879 bajo las órdenes del General D. Julio A. Roca. Bs.As.1881.
- 19.- MORENO, Francisco P.: Reminiscencias 1906-1919 Colección Identidad Nacional Secretaría de Cultura Nación c/Ed.Devenir: Buenos Aires 1994
- 20.- LISTA, Ramón: Los indios Tehuelches. Una raza que desaparece. Confluencia 1998.
- 21.- FOUCAULT, Michel: De lenguaje y literatura. Paidós 1996
- 22.- BORGES, J. L.: Obras Completas Tomo I. Emecé 1996.
- 23.- CERVANTES SAAVEDRA: El Quijote. Tomo II. El Ateneo.
- 24.- VIEDMA, Antonio de: Diario de Antonio de Viedma. Municipalidad de Puerto de San Julián 1980.
- 25.- MORENO, Fco. P.: Viaje a la Patagonia Austral 1876-1877 (Marzo, 2 de 1877) Ed. Solar BsAs. 1972.
- 26.- MADSEN, Andreas: La Patagonia Vieja. pp. 40-41 Ed. Galerna Bs.As. 1975
- 27/28.- VIEDMA, Antonio de: Id.
- 29.- MOYANO, Carlos María: Viajes de Exploración a la Patagonia 1877-1890
LISTA, Ramón: Mis Exploraciones y descubrimientos en la Patagonia
CASTILLO, Santiago del: Exploración de Santa Cruz y Costas del Pacífico.
- 30.- PIETROBELLI, Francisco: Primeras Exploraciones y Colonizaciones de la Patagonia Central. Asoc. Italiana de Comodoro Rivadavia 1971
- 31.- "El gobierno quería ver con sus ojos", dice con acierto el biógrafo de Moyano, Juan Hilarión LENZI en "Carlos María Moyano. Marino, explorador y gobernante". Bs As 1962
- 32/33.- MUSTERS, G. Ch.: Id. REY BALMACEDA, Raúl: Geografía histórica de la Patagonia 1870-1960 Ediciones Cervantes 1976 Bs. As.
- 34.- MORENO, Francisco: Viaje a la Patagonia Austral.

- 35 FONTANA, Luis Jorge: Viaje de exploración en la Patagonia Austral 1886 p.94 Ed. Marymar Bs.As. 1976
- 36.- THOMAS, John Murray: Diario de viaje de la expedición de los Rifleros. *Camwy* Noviembre 1985 Publicación del Museo Histórico Regional de Gaiman.
- 37.- FITZ ROY, Robert: Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S. M. "Adventure" y "Beagle", en los años 1826 a 1836; exploración de costas meridionales de la América del Sud y viaje de circunnavegación de la "Beagle". Londres 1839.
- 38.- PRADO, Comandante: La Guerra al Malón (1907) pg.127 EUDEBA. 1960
- 39.- MORENO, Fco.: Reminiscencias. Del mismo autor: "Reconocimiento de la región Andina. Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz." Museo de La Plata 1897.
- 40.- PAYRO, Roberto: La Australia Argentina.
- 41.- EVANS, Clery A.: John David Evans, "El Molinero". Una historia entre Gales y la Colonia 16 de Octubre. 3ra edición. Rawson 1999.
- 42/43.- MUSTERS, G.Ch.: id.
- 44.- LISTA, R.: Id. LLARAS SAMATIER: Primer ramillete de Fábulas y Sagas patagónicas. RUNA. Vol III. 1950.
- 45.- ALVAREZ, Gregorio: El Tronco de Oro. Corregidor.1994
- 46.- CASAMIQUELA, Rodolfo: En pos del Gualicho. Eudeba/Fdo. Ed. Rionegrino 1988
- 47.- MUSTERS. Id.
- 48.- ABYA YALA: nombre dado por los pueblos Kunas de Panamá a la Tierra y significa "Tierra Fecunda" o "Tierra Virgen en plena madurez". El Consejo Mundial de Pueblos Aborígenes, adoptó este nombre en 1977 para referirse a nuestro Continente.
- 49.- HUGUES, William: A orillas del río Chubut en la Patagonia. 1967
- 50.- ALVAREZ, G.: Id.
- 51.- SCHMID, T.: Id.
- 52.- FITZ ROY, R.: Id.
- 53.- ALVAREZ, G. Id.
- 54.- DARWIN, Charles: Viaje de un naturalista alrededor del mundo. Londres 1839. ANGELIS, Pedro de. Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata. 1836-37